

# EL MUNDO.

TOMO II

MEXICO, SEPTIEMBRE 25 DE 1898

NUMERO 13

## LAS FIESTAS DEL 16 DE SEPTIEMBRE



Casa del Sr. de Teresa, en la esquina de Mercaderes.—La Avenida de Plateros.

## LA SEMANA

Los italianos residentes en México, celebraron su gran aniversario patriótico: la toma de la ciudad de Roma por las fuerzas unificadoras de Víctor Manuel.

La elocuente palabra del Sr. Ministro de Italia, evocó ante sus compatriotas la época tormentosa de Víctor Manuel y la epopeya de su reinado, fértil en azañas.

Tres hombres, tres audaces hicieron la unificación de Italia: Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi.

Violento es el contraste entre ellos. tipos diversos, unidos al golpe de una misma fuerza, para completarse y repelerse, para encontrar en el fondo mismo de sus antagónicas tendencias, la final resultante de una acción diversamente comprendida por cada uno de ellos.

Víctor Manuel es el representante de los intereses dinásticos. Como Federico II, como Pedro, como Luis XIV, vive y combate por el engrandecimiento de sus dominios, y fiel á su ambición,



**Ilmo. Sr. D. Fortino Hipólito Vera,**  
Obispo de Cuernavaca.  
✠ el día 22 del presente.

emplea todos los medios; pero sobre todo uno: pone su cetro al servicio de la libertad. Y aquella Italia, impotente y humillada en Venecia, fanática en Roma, explotada en Nápoles y Sicilia, tiene en Piamonte libertades amplias, asiduamente conquistadas por el trono para un pueblo en el que hierven todos los sentimientos humanitarios de la revolución y el viejo patriotismo que despierta. Víctor Manuel es el jefe supremo del *Resorgimento*.

Cavour es el estadista. Audaz, violento; pero no sueña como Garibaldi ni titubea como Víctor Manuel. Es constante, reflexivo y voluntarioso. Conoce todas las fecundas maniobras que la intriga y la paciencia desarrollan, sin la temeridad que pierde ni la vacilación que claudica.

De muy lejos traen sus sabios procedimientos resultados que sólo una previsión maquiavélica puede adivinar: alianzas por medios indirectos y por medios indirectos también, fuerzas activas para el trono y universales simpatías para la nación.

Su presencia en el poder es una autoridad: intimidada á Napoleón, reprocha al rey sus concesiones en Villafranca y desaprueba las aventuras de Garibaldi.

Cuando muere, deja como testamento su fórmula de liberalismo y de patriota: "*Frate, frate, libera chiesa in libero stato.*" La Iglesia libre dentro del Estado libre no es el anhelo de todo espíritu en nuestros días?

Pero en esta estupenda tragedia, Garibaldi es la pasión, el genio y el heroísmo.

Congénita robustez orgánica y hábito de las batallas, de los estragos, de la sangre humana y junto con esa férrea robustez y ese hábito de toda su vida, una bondad de sentimientos tan expansiva, tanta riqueza de afectos delicados que no sabemos—dice Ferri—si deba admirarse más su genio intelectual ó el predominio del sentimiento que es la floración más hermosa, más noble, más fecunda de la vida humana.

Es patético el contraste que aparece en sus memorias entre el terror trágico de la guerra y la armonía de los espectáculos de la naturaleza; entre la rabiosa pasión de los hombres y el sosiego solemne de las cosas. Y esta poesía de las cosas no es romanticismo estéril, sino fuerte sentimiento viril y religioso, que no excluye de sus contemplaciones á la humanidad dolorida y esclava. «Hermosa noche la del gran proyecto, tú hablabas al corazón de mis valientes con la armonía indefinida, sublime con que los elegidos sienten en el espacio azul la presencia de Dios! Yo he sentido aquella armonía todas las noches, semejantes á las de Reggio, Voltorno, Quarto: quién duda de la victoria cuando empujado por el deber y la conciencia corre á la muerte sintiendo su proximidad como el beso de la mujer amada?»

Y ese primitivo hecho para la acción y en ella prematuramente sazonado su temperamento para las grandes aventuras del mar y de la guerra, gallardo y generoso, poético en todos sus actos, amó la libertad, como amó á la mujer, con ternura romántica, y á la naturaleza, esa maga inspiradora de ensueños.

Fué grande entre los grandes por el sentimiento,—desde los delicados matices del amor filial hasta los generosos conceptos de la redención humana.

Tuvo en su vida el poder magnético de los profetas sobre sus contemporáneos, y la fe y el fatalismo de los iluminados; por eso dejó como herencia, ideales fecundos y el modelo perfecto de su grandeza moral.

Víctor Manuel y Cavour, crearon la unidad de Italia: Garibaldi dió al alma italiana perfumes de virtud y un semidios del culto cívico,...

Sobre esa vía luminosa de recuerdos que se complace en seguir nuestro cansado corazón, en los cielos de la historia, quedan aún los últimos fulgores de las fiestas patrióticas.

¿Y qué es en suma el patriotismo para los hijos de la Reforma, en este vasto campamento de trabajo, que levanta la paz sobre nuestras llanuras y á la orilla de los mares rumorosos?

Ya lo habeis oido. En los labios juveniles que dijeron al pueblo el evangelio de su redención, no hubo frases amargas ni odios para nadie. El verbo, el puro verbo de la libertad y del progreso, hizo caer como lluvia de agua lustral el *sursum corda* de la esperanza.

No tienen razón los que acusan á la juventud haciéndola justiciable de excepticismo y de esterilidad.

No! la juventud espera animosa su turno para robustecer en la pacífica brega, los ideales que salvó del naufragio la mano de los paladines.

La voz de los fanatismos se ha apagado en la tiniebla del ayer tumultuoso.

Sobre las frentes elegidas resplandece la luz de una aurora nueva.

Rosenthal, el mágico del genio musical, anuncia una *trip* artística por nuestra patria.

Su técnica es,—sin hipérbole,—maravillosa y su poder de interpretación ha enloquecido á las damas y *dilettanti* de New-York. Flores y joyas se desprendían de las *toilettes* de las señoras para caer á los piés del pianista.

La muerte de Paderewski es ya completa en la admiración de los norte-americanos; Rosenthal es de hoy más el único, el perfecto.

Lo oiremos? El desea venir á nuestro país y espera la decisión de nuestro público para ponerse en camino.

Rosenthal es una de las maravillas del mundo artístico, algo así como Irving y Litz. Su presencia en México será la realización de un hermoso sueño para los fieles del arte. Que no sea triste decepción el despertar.

Dick.



**Su Magestad la Emperatriz de Austria,**  
Asesinada en Ginebra por un anarquista.

### Política General.

**RESUMEN.**—La alianza anglo-alemana.—Sus problemáticas tendencias.—Su alcance y objeto.—Las dificultades que á ella se oponen.—Odios de raza.—El asunto Dreyfus.—Dos ministros que dimiten.—Nuevas sorpresas.—La revisión del proceso y los temores que despierta.—La actitud de Alemania.—Guerra al anarquismo.—Una cruzada contra los enemigos del orden.—La angustia humana.—El problema social.—Conclusión.

Mucho se ha repetido en días pasados la existencia de un tratado secreto entre Inglaterra y Alemania, para contrastar la influencia de Rusia en el Extremo Oriente; mucho se ha dicho que las relaciones tirantes que unían la monarquía de la reina Victoria con el Imperio Alemán, se han suavizado al grado de establecer inteligencias cordiales, y preparar los dos grandes pueblos á las contingencias de lo porvenir.

Causa extrañeza que en los momentos en que la Gran Bretaña abandona sus pretensiones sobre China y cede á las exigencias de Rusia, á la hora actual en que se hace más palpable el "espléndido aislamiento" de que hablaba Mr. Chamberlain, y cuando están á la vista las verdaderas derrotas que ha sufrido Lord Salisbury en su política extranjera, se hable de una alianza que vendría á cambiar en lo absoluto las condiciones del equilibrio europeo.

Fuera siquiera esta alianza establecida con el objeto sólo de resolver el embrollo oriental, fuera concertada con el fin de poner un dique á la expansión moscovita y de hacer contrapeso á la influencia del Czar sobre los destinos del Celeste Imperio; fuera arreglada adrede para dejar el campolibre á los alemanes en Manchuria, mientras quedaban los ingleses dueños y soberanos del Egipto, sin temor á futuras reclamaciones por parte de Francia; concebiríase sin embargo con cuantas dificultades había de tropezar esa liga anglo-germánica, de que tanto han alardeado las hojas informativas del Tamesis.

\* \*

Pero hay que tener en cuenta que al establecimiento de esos compromisos vienen aparejadas circunstancias diversas, que se oponen por una parte á la política tradicional del gabinete de Saint James, y están en contradicción abierta con la historia, con la tradición, con las tendencias del gobierno de Berlín. No ha mucho, á propósito de la insurrección del Transvaal, acaudillada por el Dr. Jameson, un arrebató de Guillermo II que se apresuró á felicitar al Presidente Krüger por su fácil triunfo, estuvo á punto de provocar un rompimiento entre la primera potencia marítima y la gran potencia continental de Europa. En los pasados meses la presencia del príncipe Enrique al frente de una escuadra alemana en las aguas del Mar Amarillo, la posesión violenta de la bahía y puerto de Kiao-Chao por los soldados alemanes, excitó las revalidades inglesas y pudo haber ocasionado grave conflicto. Tiempo ha que todos hablan de las frías relaciones que unen á la reina

Victoria con su augusto nieto, y está á la vista de todos el apartamiento completo que ha existido entre los gabinetes de Londres y Berlín.

¿Qué circunstancias nuevas han podido mediar para operar un cambio tan radical? ¿En qué se apoyan los que afirman la existencia de ese tratado supremo? ¿Por qué los periódicos alemanes han negado siempre, con voz cuasi oficial, el tratado de referencia? Es quizá porque sólo ha existido en forma de deseo, es tal vez porque el gabinete conservador que rige los destinos del Imperio Británico, busca por medios indirectos la manera de conjurar ese aislamiento en que por tantos años ha vivido y le ha ocasionado más de un desencanto, lo mismo en la cuestión de Venezuela terminada en nombre de la doctrina Monroe, que en el conflicto de Armenia, dejado en el olvido en nombre de la paz europea, ó en la lucha greco-turca, abandonada á su propia suerte en nombre del equilibrio y del concierto de las potencias.

Por ahora, no creemos en semejante alianza.

\* \*

Dos ministros de la Guerra han dejado su cartera, á punto de provocar una crisis general en el gabinete francés, y aún de ocasionar la dimisión del presidente Faure, antes que se haya podido decidir algo definitivo en la revisión del proceso Dreyfus. Desde que las revelaciones del Coronel Henry, convencido de falsificador de documentos de altísimo interés en el escabroso expediente, sembraron la duda en los espíritus y engendraron la esperanza en los que abogan por la rehabilitación del pobre condenado, no se ha calmado la exaltación del público, y día á día se

nimemente resuelto á decretar la revisión del proceso cualesquiera que sean las consecuencias.

Si hemos de creer lo que dice la prensa alemana, no hay que temer por ese lado complicaciones posibles, pues en los periódicos de allende el Rhin, se declara la falsedad de ciertos documentos, y se habla de la indiferencia con que se mira el actual embrollo. Pero si no llama la atención de los alemanes el proceso Dreyfus en sí mismo, sí permanecen alerta por la exaltación que reina en todas las esferas de la sociedad francesa, por la agitación en que vive el pueblo, por las ráfagas de tempestad que cruzan sobre el ejército y por las predicaciones violentas que se hacen, y porque temen, en lo general, una explosión de patriotismo, que pudiera provocar un rompimiento en el momento menos esperado.

Hoy como ayer, pasará la excitación febril; la calma renacerá en los espíritus, la opinión pública tomará el cauce natural que le marcan la razón y la justicia, y la República, fuerte y poderosa, saldrá inmaculada de esta nueva prueba á que se ha visto sujeta.

\* \*

Al pasmo doloroso que engendró en Europa la muerte violenta é inesperada de la Emperatriz de Austria, herida en mitad del corazón por la mano alevosa de un asesino vulgar, mezcla de insensato estúpido y de horripilante criminal, ha sucedido una actitud de defensa y de justa indignación contra el aborrecido anarquismo, cáncer de las modernas sociedades, fruto morbosos que se cría en las capas bajas de la sociedad, al abrigo de las sombras de la ignorancia y al amparo de las tristes emanaciones de la miseria.

**EL ANTISEMITISMO EN AUSTRIA**

El antisemitismo se ha propagado en Austria rápidamente.

En Baja Austria y en Galicia es notable el número de judíos y han logrado acaparar por completo el comercio de la tierra. Aunque los capitalistas cristianos y de otras profesiones han seguido su ejemplo, el clero y la nobleza han hecho recaer sobre los israelitas todo el peso de la execración popular, por las expoliaciones efectuadas contra los pobres campesinos por sus acreedores.

Las fuertes y antiguas raíces del antisemitismo se han afianzado en ese país, esencialmente cristiano. Desde hace mucho tiempo, la efervescencia latente, ocasionada por la miseria y estimulada con habilidad por los odios de raza, preparaba el campo al fanatismo religioso.

El caballero Schöenerer ha sido uno de los que más han trabajado, con la pluma y la palabra, en pro de "la guerra santa contra Judas." Se fundó un periódico bimensual que pronto llegó á tirar más de diez y ocho mil ejemplares.

Con todo, no estaba aún definido el programa.

El congreso de 1890 dió á conocer el brevario del antisemita. En un congreso que celebró sus sesiones en Viena, uno de los más eximios representantes del antisemitismo alemán, el Sr. Boekel, representó á sus compatriotas. Desarrolló todo un programa de antisemitismo constitucional, declarando que había llegado el momento de emprender una política práctica y que ya las palabras eran ociosas. Pretendía que en todas las ciudades se estableciesen bancos, mercados é industrias especialmente antijudíos; es decir, que nada se compraría ni se vendería tampoco á los judíos, los cuales se verían reducidos en consecuencia, á vivir dentro de su casta dejando de ser un peligro social.

Dueños actualmente de la Dieta de Baja-Austria, y del Consejo municipal de Viena, ganaron los antisemitas 26 curules en el Reichsrath. Este efectivo de fuerzas, tanto como los 31 católicos alemanes y los 35 católicos slavos, forma en el seno del Parlamento



**Fiestas del 16.—Desfile de los alumnos de la Escuela Naval.**

sorprenden nuevos incidentes, se descubren nuevos datos, se encuentran nuevos hilos en esa trama confusa, y se espera un rayo de luz que vaya á alumbrar la tenebrosa guarida en que gime el desterrado de la Isla del Diablo.

Convencidas íntimamente las altas personalidades del ejército francés de la culpabilidad de Dreyfus; asociando de una manera decidida el honor del ejército y el estigma con que marcó al culpable el consejo de guerra de 94, nada es hasta ahora, suficiente á hacerlos volver sobre sus pasos. En su actitud resuelta, en su posición incontrastable, rechazan como sofisticas todas las argumentaciones, se oponen á todas las defensas, voluntaria ó inconscientemente, cierran los oídos al consejo y á la sugestión y se hallan dispuestos á no retroceder, porque juzgan empeñado en el asunto el nombre de la institución y el honor de la patria francesa.

\* \*

Pero la duda, la terrible duda ha penetrado en el espíritu de los civiles que forman parte del gobierno. Son tantas y tan formales las insinuaciones de los que defienden á Dreyfus, se sorprenden irregularidades tan palpables en la secuela del proceso, se reconoce de tal modo la existencia de documentos de convicción, que se ocultaron á la defensa y se presentaron á los jueces; se sospecha después de las declaraciones de Henry, de tantas y tan nuevas falsificaciones, que el gabinete de Brisson, con excepción sólo de los ministros de la guerra que han dimitido, está uná-



**Fiestas del 16.—Desfile frente á Palacio.—Artillería.**

Depositada la forma mortal de la augusta soberana en el recinto sagrado que ha de ser su morada postrera, se han enjugado las lágrimas, se han serenado los corazones y todos se vuelven con miradas de inteligencia, á escogitar los medios para extirpar de

raíz esa hierba venenosa que se llama el anarquismo, envenena con sus emanaciones pestilenciales el aire de la Europa civilizada, y mancha con su sombra aborrecida el claro azul de la moderna cultura. Las sociedades se aprestan á la defensa; los gobiernos se aperceben á combatir la fiera en sus ocultas madrigueras, y todos se proponen ahogar el monstruo en sus ocultos antros.

Dictaránse leyes, se predicarán cruzadas en los campos y en las ciudades; á son de trompeta se proclamará el exterminio de los aborrecidos secuaces de Ravachol y de Vaillant; ¿pero han pensado los que emprenden la batida, en buscar la causa que engendra esas manifestaciones morbosas? Tal vez sí: por eso se oye la voz de Nicolás II, que predica el evangelio de la paz. El ha oído los clamores que suben de abajo, ha comprendido la suprema angustia de los que gimen y trabajan, y por eso quiere aliviar esefardo abrumador, que pesa en forma de inagotables armamentos, sobre los pobres, sobre los miserables, sobre los desheredados.

¡Cuán complicado es el problema social, enclavado, enmarañado con el problema político y ensombrecido por las rivalidades de los unos, las ambiciones de los otros, los rencores de éstos, los odios de aquellos, la aspiración sin nombre de todos!

X. X. X.

Septiembre 22 de 1898.

un contingente precioso para la propagación del antisemitismo.

En Viena, —dice un folleto de aquella época,—el Dr. Lueger estaba á la cabeza del movimiento logrando arrastrar á la mitad de la población gracias á un tinte de socialismo que dió á sus ideas antisemiticas."

**Illmo. Sr. D. Fortinó Hipólito Vera,**

Obispo de Cuernavaca.

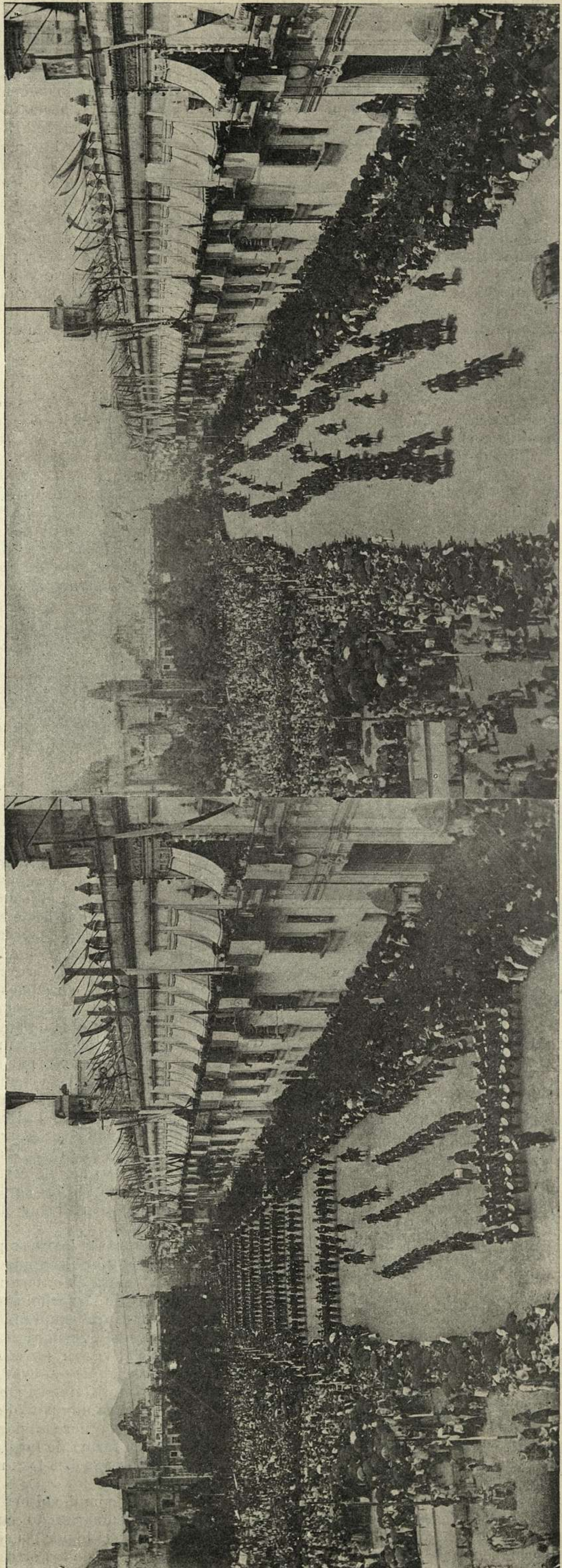
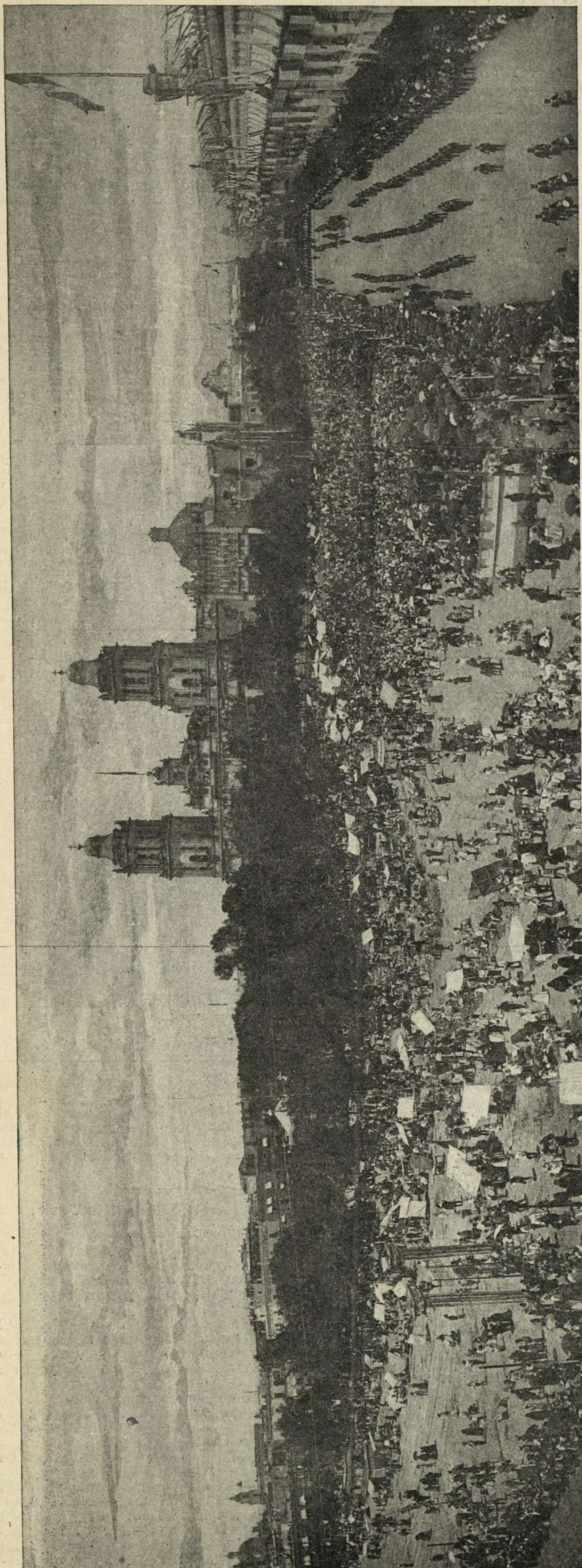
El día 22 falleció en la ciudad de Cuernavaca el Señor Obispo de aquella diócesi, Illmo. Sr. Vera, uno de los miembros más distinguidos del episcopado mexicano.

El Señor Vera nació en Santiago Tequisquiác el 12 de Agosto de 1834. Después de cursar las materias correspondientes, recibió las órdenes sagradas el 19 de Diciembre de 1859, siendo Arzobispo de México á la sazón el Illmo. Señor D. Lázaro de la Garza.

Desempeñó varios curatos distinguiéndose sobre todo en el de Amecameca por las grandes mejoras que planteó, contándose entre ellas la fundación de un colegio católico y el establecimiento de una tipografía, en la que editó obras religiosas y algunas de las que escribió el mismo Señor Vera.

El año de 1890 tomó posesión de una prebenda en la Colegiata de Guadalupe y al año siguiente fué nombrado canónigo. Ya á principios de 1891 se le había dado el cargo de historiador del Concilio de Antequera, y á poco recibió el nombramiento de miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística á la que presentó algunos estudios. Escribió varias obras, religiosas unas y otras científicas para el Colegio Católico de Amecameca. Publicó también un periódico religioso "El Boletín Eclesiástico."

Desde el 29 de Julio de 1893 desempeñaba el Señor Vera la Diócesi de Cuernavaca, habiendo sido consagrado Obispo por el Arzobispo de Oaxaca Monseñor Guillow.



FIESTAS DEL 16 DE SEPTIEMBRE. — Plaza de la Constitución. — Desfile de tropas frente al Palacio Nacional.



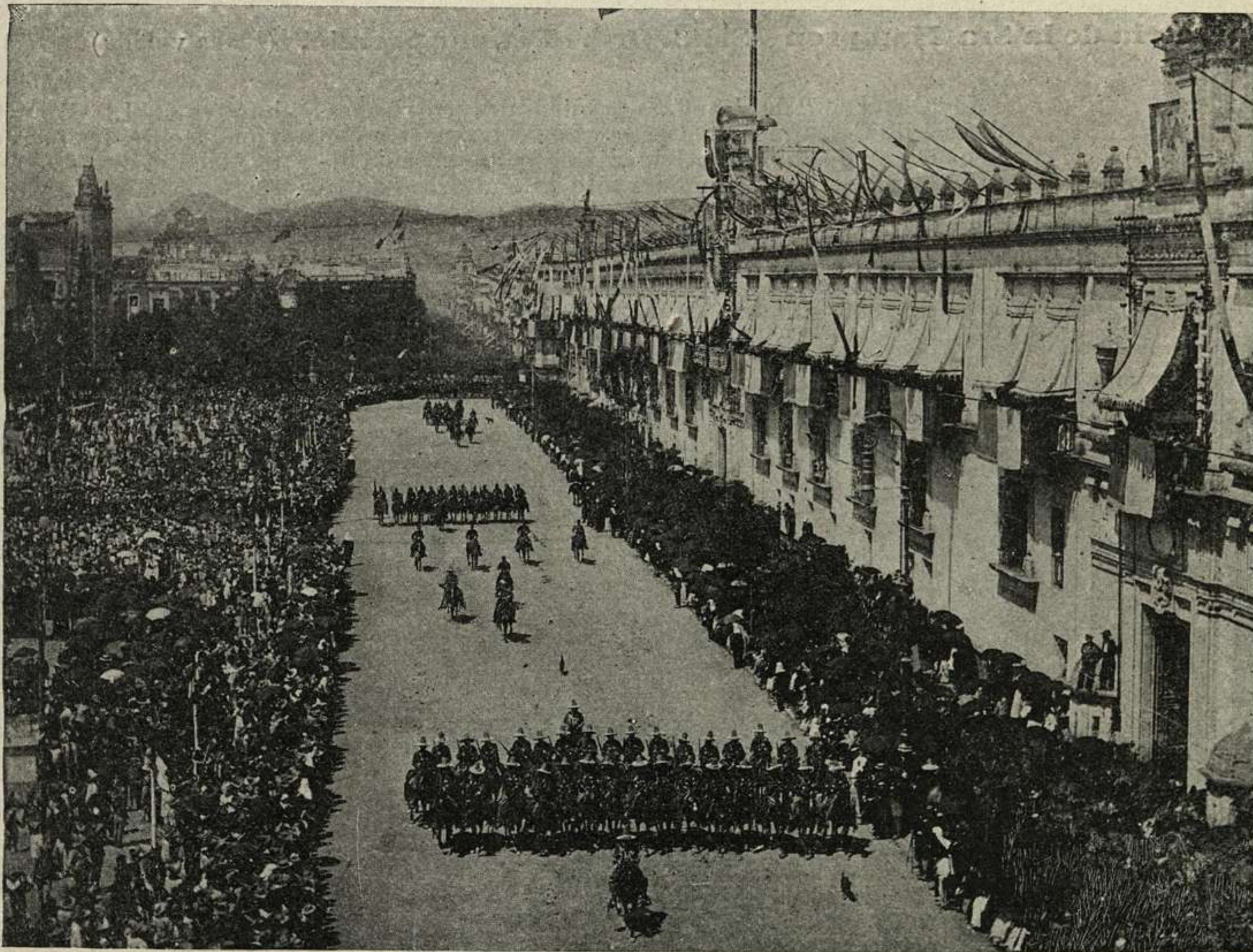
Coche del Sr. D. Tomás de la Torre y Mier. —Sras. Amada Diaz de de la Torre y Laura F. de de la Torre. —Primer premio.

**LAS ENSEÑANZAS DE LA GUERRA.**

El Almirantazgo inglés formuló hace algunos años el principio según el cual la marina británica debe ser superior ó por lo menos igual á las dos marinas más grandes de Europa, reunidas. La opinión inglesa aprobó casi unánimemente la resolución y el Parlamento hizo más: votó sin murmurar y aún con entusiasmo los centenares de millones necesarios á la realización del programa.

El sistema ha sido fecundo en sorpresas: este año se decretó un gasto de 175 millones de francos para la construcción de buques. Como se supo que Rusia preparaba seis grandes acorazados y cuatro cruceros y no preveía el Almirantazgo sino la construcción de dos acorazados rusos, Inglaterra, fiel á sus principios, ha tenido que seguir á su rival, pidiendo al efecto Mr. Goschen un crédito suplementario para la construcción de cuatro grandes acorazados y cuatro cruceros, sin contar doce caza torpederos.

Todos los aprestos navales de Inglaterra tienen por objetivo principal las probables emergencias de un conflicto con el Imperio moscovita; sin embargo, los



Las fiestas del 16. —Desfile de rurales frente á Palacio.

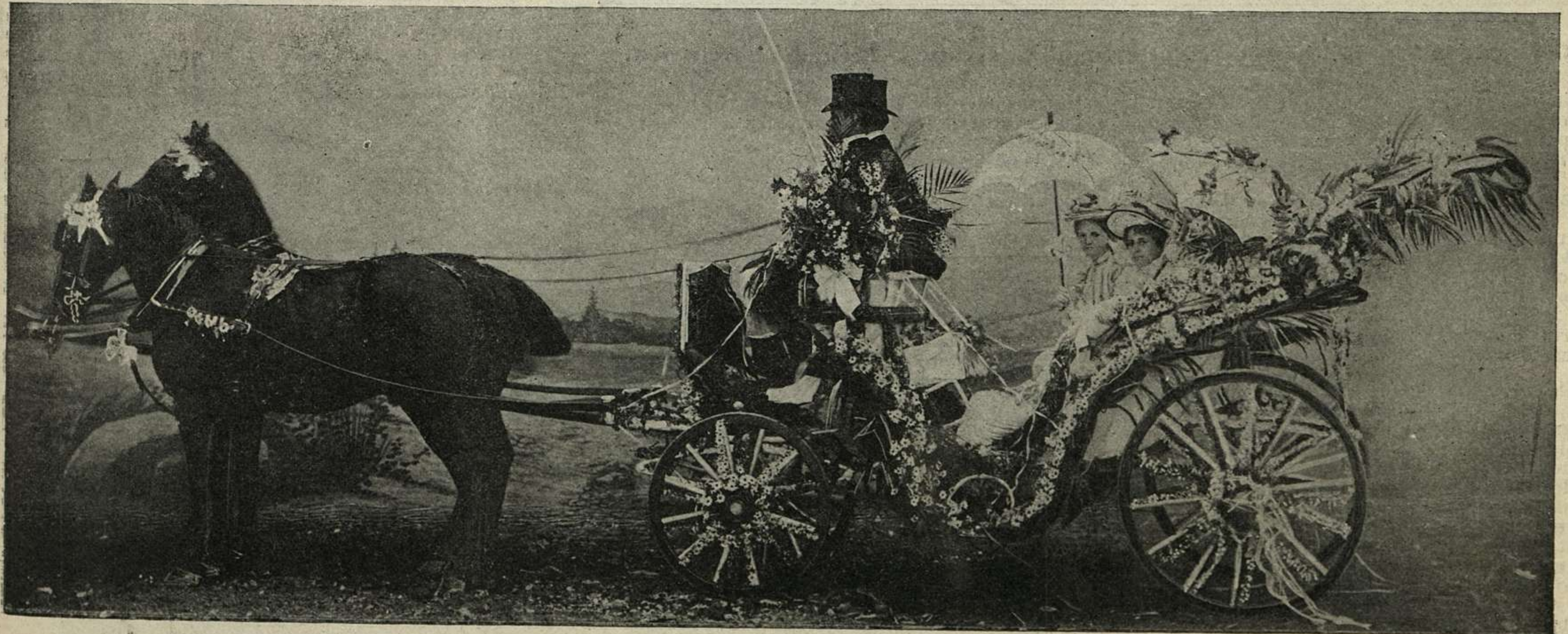
periódicos franceses creen que al aparentar preocupaciones por la cuestión oriental, lo que realmente trae alarmado al gobierno británico, es el súbito engrandecimiento colonial de los Estados Unidos.

Dice á este propósito un respetable diario parisiense: «La guerra hispano-americana ha sido fecunda en enseñanzas para los Almirantazgos de todos los países, y no puede dudarse que el de Londres haya sacado todo el partido posible.»

«El hecho que se destaca en primer término, es que ha nacido una gran potencia naval, y una potencia con la que debe contarse necesariamente.»

«Es cierto que en Londres hay actualmente sentimientos de la fraternidad más calurosa hacia los Estados Unidos, cuyas recientes victorias han añadido tanto esplendor al renombre de la raza anglo-sajona. Sin embargo, las congratulaciones de las que se hacía órgano Mr Chamberlain en el discurso de Birmingham y las frases de alianza, no impiden á los prudentes la previsión de un porvenir, más ó menos remoto.»

«A veces se transforma una amistad en odio implacable, y es funesto encontrarse desprevenido cuando nacen las rivalidades.»



Carretela de la Srita. Paz García y Tony Wilson —Mención honorífica.



Carretela de la Sra Hampson - Srita. Ord. - Primer premio, - (Placa velada).

### RUSOS E INGLESES

(DEL MEDITERRANEO AL GOLFO PÉRSICO)

Los periódicos de Londres saben por las noticias de Oriente, que se prepara un proyecto ruso para comunicar por medio de vía férrea el Mediterraneo con el Golfo Pérsico.

El conde Vladimiro Kapnits, sobrino del Embajador

El "Observer" de Londres publicó una correspondencia de Constantinopla en la que se demuestra con hechos que desde 1870. Alemania ha ocupado en Turquía la situación preponderante que disfrutó antes Francia.

Los alemanes han reorganizado el ejército turco, mandado actualmente por jefes alemanes, y la administración pública tiene en sus departamentos principales, gran número de alemanes: dirigen éstos la

buques del Lloyd austriaco, por la vía de Trieste, sirviéndose de los ferrocarriles para atravesar el Austria, acaba de establecer relaciones comerciales directas con el Levante por Amburgo y Brema. Se estableció una línea directa entre Hamburgo, Anvers y Alejandria, importando Siria y Egipto las mercancías alemanas sin la mediación de Austria. Por la vía marítima llegan las mercancías á su destino en diez y siete días en lugar de siete, pero en cambio es grande la economía de fletes.

El viaje del Emperador Guillermo á Oriente, consolidará la situación de Alemania, y ya se oyen las quejas que á diario repite con tal motivo la prensa de Londres y de Petesburgo.

### Nicolás II íntimo.

Cuando Nicolás II subió al trono, el día 1º de Noviembre de 1894, nadie sabía con precisión lo que de él podía esperarse. Había vivido retirado casi por completo.

Nicolás II es un valiente; una de sus primeras disposiciones fué despedir á los agentes encargados de su seguridad personal.

Como muchos repúblicos y soberanos es fatalista; cree que la hora de nuestra muerte está fijada de ante mano por la Divinidad. Ha dicho: "Quiero vivir y morir por Rusia, y poco me importa como habré de morir."

Detesta el lujo. En su mesa hay siempre un minimum de platos y un minimum de convidados. En los banquetes se fastidia, pues como todos los laboriosos, come apresuradamente.

Detesta la etiqueta. Todo el mundo puede acercarse á él. Lee personalmente las cartas que se le dirigen, anotando con un lápiz rojo la contestación.

Aun más que la etiqueta detesta el frac. Cuando preparaba su viaje á París, encontró que no había frac en su guarda ropa. Hubo que recurrir al sastre el cual á su vez encargó á París la prenda que costó 700 rublos á su Majestad.



Coche de la Sra. Beatriz Castilla Portugal de Vivanco. - Mención honorífica.

de Rusia en Viena, con el apoyo de un sindicato internacional, presentó al Sultán una solicitud de concesión para la construcción de un ferrocarril que parta de Trípoli (Siria) para llegar á Koweyt (Golfo Pérsico).

La línea cruzará el Eufrates cerca de Deir, y continuará su trayecto entre el Eufrates y el Tigris hasta la confluencia de ambos ríos. De este punto se dirigirá á Bassourah para terminar, como hemos dicho, en el Golfo de Persia. También se proyecta una línea secundaria de la frontera persa á Bagdad, Kerbda y Nedjef.

Esta ruta acortará en cinco días el viaje á Bombay, suponiendo la velocidad de sesenta kilómetros por hora.

\*\*

Evidentemente el proyecto tiende á disminuir considerablemente la importancia del canal de Suez, atrayendo una gran masa de mercancías ligeras, y casi todos los viajeros. Con frecuencia han intentado algo semejante los ingleses, y si no han tenido éxito débese en gran parte á falta de apoyo del gobierno de Lord Salisbury. Ahora los rusos tienen por indudable que la Puerta aprobará el proyecto, puesto que es la primera concesión que Rusia ha solicitado y que no se teme una oposición seria de parte del Gobierno británico.

Importa notar de paso, que tanto en Inglaterra como en Rusia, se agita la opinión desde hace tiempo con motivo de la creciente influencia de Alemania en el Oriente.

instrucción pública y son dueños de los ferrocarriles más importantes del Imperio.

Además, Alemania que hasta estos tiempos enviaba sus mercancías á Egipto, á Siria y al Extremo Oriente en los



Coche de la Srita. María de Lourdes Maya. - Srita. Elena Mercado. - Mención honorífica.

Hacemos constar que la instalación que tomó en la calle de Patoni las fotografías de los coches y bicicletas del concurso, estuvo á cargo del inteligente artista-fotógrafo Sr. J. P. Arriaga.

El Sr. Arriaga (2<sup>a</sup> calle de Arquitectos 419) vende fotografías de los coches y bicicletas, tamaño grande, pues nuestros grabados son reducciones de dichas fotografías.

Lo participamos al público, pues indudablemente todos los interesados desearán un ejemplar fotográfico de los que tiene nuestro inteligente colaborador artístico señor Arriaga, á quien damos en estas líneas las gracias por su especial y atinado servicio en esta ocasión.

### El penacho del Emperador de Alemania.

Guillermo II visita frecuentemente la Academia Militar Wiener-Neustadt á cuyos exámenes asiste, interrogando él mismo á los alumnos.

También concurre á las clases presentándose en ellas sin anunciarse previamente.

Hace algunos días penetró de este modo á la clase del capitán Ebersberg, profesor de historia, durante la explicación.



Sr. Joaquin Furlong.—Mención honorífica

Después de haber hecho una seña al capitán para que continuase su tarea, apoyóse el Emperador en el primer banco, sobre el que colocó su sombrero montado, y escuchaba atentamente la lección.

En éstas, uno de los alumnos que estaba detrás del Emperador, alargó furtivamente el brazo y arrancó una pluma del penacho de Guillermo II.

Advertida la maniobra por otros alumnos, querían éstos á su vez tener cada uno su pluma, por lo que el iniciador del hurto fué sucesivamente arrancando todas las que sus camaradas le pedían.

Ya iba quedando bastante desairado el penacho l



Sr. José Suinaga

S. M.: pero el alumno seguía inpeterrito su obra de explotación.

Súbitamente, la resistencia de una pluma hizo rodar el sombrero y al volver la cara el Emperador, sorprendió al alumno con su presa en la mano.

El cadete se puso pálido y ya se veía ignominiosamente expulsado de la Academia

—¿Qué pensais hacer con esa pluma? le preguntó el Emperador.

—Guardarla como recuerdo de V. M.

—¿Y os bastó una sola?

—No, Magestad, mis camaradas también desean tener una.

—Entonces, dijo el soberano, tendré que dejar todo el penacho, y desprendiéndoselo se lo entregó al alumno.

No podía salir el Emperador con un sombrero sin penacho: pero para un soberano aquel aprieto era lo de menos, así es que pidió al capitán su casco y con él se fué, dejando complacidos á los alumnos de la clase de historia.

### La Emperatriz Isabel de Austria.

Ya en otro número anterior hemos hablado de la infortunada princesa que murió en Ginebra vilmente asesinada por un anarquista.

Este nuevo y horrible atentado conmovió como era de suponerse á las cortes europeas y ya se habla de un congreso cuyo objeto será llegar á algún acuerdo internacional sobre la represión del anarquismo.

Entre los observadores y sociólogos más sagaces priva cierto optimismo en cuanto al pronóstico del estado social, cuyo sintoma es la escuela del socialismo-anárquico. Tarde sobre todo, el brillante criminologista francés, cree que el mal no es tan profundo y sugiere la posibilidad de exterminarlo con el empleo de medios vigorosos

Sea cual fuere la verdad en esta cuestión, es de creerse que los gobiernos no dormirán tranquilos sobre el cráter en ignición y que antes bien, obrarán unánimes en el sentido de la común defensa.

### Efectos de la censura de la prensa en España.

Sabidoses que los periódicos españoles fueron sometidos á una censura rigurosa en los últimos días de la guerra.

Frecuentemente se les prohibía la publicación de aquellos artículos que la censura tachaba de subversivos así como de todas las noticias inquietantes.

En esa situación, para evitar los espacios en blanco que perjudican la estética tipográfica, acudían los editores al expediente de llenar huecos sustituyendo los pasajes suprimidos con todo lo que á mano habia: versículos de la Biblia, recetas de cocina, consejos higiénicos, sentencias de los filósofos griegos, anécdotas trasnochadas, etc., etc.

Como la censura se aplica sobre todo, y con razón, á los renglones capitales, supuesto que son más peli-

grosos que los artículos mismos como más visibles y enfáticos, resultó que los periódicos españoles, habituados,—como la mayoría de los diarios del mundo entero,—á imprimir *títulos sensacionales* en gruesos caracteres, publicaron los más curiosos y desconcertantes.

En el *Pais* del 21 de Julio, se lee en enormes capitales el siguiente titulo: EL ÁCIDO BÓRICO EN LA DIGESTION.—UN TELEGRAMA DE AUGUSTIN.—EL CANTO DEL GALLO —CONTRA LAS MOSCAS.

El telegrama del General Augustin y las noticias de Manila están perdidas entre un archipiélago de consideraciones sobre las propiedades digestivas del ácido bórico, y de recetas para destruir las moscas y para impedir el canto matinal de los gallos

Citaremos esta última, que bien vale la pena. "Si tenéis la desgracia de despertar todos los días oyendo el canto impertinente de los gallos, colocad en el gallinero una tabla á treinta centímetros arriba de la estaca en donde duerme el gallo que cause vuestro tormento."

"La primera vez que el gallo, después de sacudir las alas, se quiera eguir para lanzar sus gritos agu-



Sr. H. Meenen.—Mención honorífica.

dos, se golpeará la cabeza contra la tabla é inmediatamente suspenderá su canto "

Con algunas apariencias del mismo género tendrá que decidirse á reemplazar sus clamores matinales por una meditación melancólica y silenciosa, y recobraréis la calma pudiendo dormir el sabroso sueño de la madrugada."

La receta es ingeniosa; pero los historiadores que de aquí á un siglo hojeen las colecciones de los periódicos españoles no comprenderán por qué el año de 1898 la prensa de Madrid concedió tanta importancia á las moscas, á los gallos y al ácido bórico.

Sirva esta nota modesta para disipar sus perplejidades.



Coche de la Sra. de Lémus.—Sra. Padilla.—Tercer Premio.

## NOTAS MUSICALES

Conservo en cartera algunos detalles muy curiosos sobre la primera representación de Parsifal, en el teatro de Bayreuth, á la cual tuve el gusto de asistir en 1882; y los saco á luz, por si en algo pueden interesar.

El primer recuerdo que conservo de mi peregrinación á la Meca del wagnerismo, es el de la lentitud y dificultades para llegar hasta allí en Ferrocarril, desde Nuremberg. El tren iba á paso de carreta, y no olvidaré nunca la estación de Weiden, donde debiéramos haber comido; y digo debiéramos porque sólo lo consiguieron los que, viendo el gran número de viajeros y conociendo los pocos recursos de la fonda, se fueron á buscar la comida á la cocina por sus propias manos; ejemplo que imité, conquistando á punta de lanza un plato de poca carne y muy dura, con mucha patata.

Tanto el billete como la habitación del hotel, habían sido pedidos con gran anticipación, y una vez llegado é instalado, vinieron á avisarme, para pasar al comedor. Seguí al criado, y después de pasar varios pasillos, subiendo y bajando escaleras, llegamos á una gran puerta, detrás de la cual se oía un gran ruido tan grande y tan extraño, que trajo á mi imaginación los versos de Dante en el Infierno:

Diverce lingue, orribile favelle,  
Parole di dolor, accenti d'ira,  
Voci alta é fioche é suon di man con elle:

Abierta la puerta, quedé mudo de estupor, ante el cuadro que se me presentaba á mi vista. Como unas 70 á 80 personas de todas las edades, naciones y aspectos diversos, comían sentados ante largas mesas, hablando, gritando con entusiasmo febril. Aquello parecía una jaula de locos, y no creo que haya imaginación capaz de inventar la diversidad de figuras, cabezas, trajes, actitudes y tipos de aquella reunión cosmopolita. Venerables ancianos, con largas y blancas cabelleras y barbas; altas, viejas y disecadas inglesas, con peinados y trajes anticuados ó extravagantes; jóvenes escuálidos de ambos sexos, pálidos y como consumidos por un fuego interior; figuras histéricas y robustos bebedores de cerveza, alternaban con los músicos, críticos y literatos más conocidos de Europa. Después supe que algunos de los más entusiastas admiradores del maestro alemán, se imponían una especie de ayuno, no comiendo más que huevos pasados por agua y té, mientras otros se privaban de todo alimento, tomando además un baño caliente de piés, como preparación conveniente y para conseguir que su inteligencia estuviese bien dispuesta á comprender las bellezas de la música.

Al día siguiente tuvo lugar la representación, costándome no poco trabajo y dinero encontrar un coche para subir á la *colina santa*. No hablaré del teatro, porque ha sido descrito muchas veces; pero debo consignar que, habiendo sido construido bajo la dirección é idea del gran compositor, al verlo, me pareció que éste se había guiado no sólo por su admiración al Teatro Griego, sino por dos planos, uno de sala de conciertos y otro de teatro, presentados en



Faeton del Lic. Villar.

una de las exposiciones universales de París, por el célebre constructor de instrumentos de música Adolfo Sax.

Sabido es, que la idea de la orquesta invisible, pertenece á Gretry, y en los proyectos de Sax, la orquesta está colocada más baja que el público, teniendo detrás de sí un paramento ó tabique de madera que sirve de caja armónica, cuyo efecto viene á aumentar la traza del techo que forma una elipse desde la embocadura al fondo de la sala, siguiendo las leyes de la acústica y teniendo en cuenta la formación de las ondas sonoras.

Wagner no adoptó la segunda disposición, tal vez por las dificultades y carestía de la construcción; pero, para realizar la idea de la orquesta invisible, la colocó en un foso bastante profundo, para que no se vea ni la cabeza del director; con lo cual, las condiciones acústicas resultan tan malas, que los instrumentos, sobre todo los de cuerda, pierden el nervio y vigor del ataque, la pureza de la sonoridad y la claridad de la ejecución. Momentos hay en que parece oírse el ruido del mar á lo lejos ó el del viento en un bosque de pinos. La impresión es poética y agradable al principio, pero á la larga y especialmente en los pasajes vigorosos ó dramáticos, produce cierta monotonía que hace echar de menos la vibrante y expresiva sonoridad de los violines, en la disposición ordinaria de la orquesta. Disminuyése la luz de la sala, y descornado el telón, ó por mejor decir, cortina á derecha é izquierda, empezó la representación, oída con religioso silencio, y habiendo obligado á todas las señoras á quitarse los sombreros.

El hablar de la obra me llevaría demasiado lejos, y no lo permiten los límites de un artículo. En el libreto de Parsifal que conservo, fui apuntando mis impresiones al margen, con lápiz. Allí leo sucesivamente bueno, magnífico, sublime, largo, demasiado largo, eterno, dramático, ridículo, etc., etc., ya refiriéndome á la música, ya á los detalles de escena y representación, tales como la marcha acompañada de los caballeros del Graal, al son de una música que no se presta á la unidad de los movimientos, produciendo un efecto ridículo que contrasta con la solemnidad del momento. Lo mismo sucedió con la inmovilidad de Parsifal, que durante la ceremonia religiosa, permanece inmóvil y mudo tres cuartos de hora, para que venga Guerne-mauz á echarle á la calle, diciéndole que es un inbécil, que deje á los cisnes en paz y que vaya á buscar los gansos sus semejantes.

Hay trozos instrumentales cuya belleza excede á toda ponderación y otro como el duo de Kundry y Parsifal, en el segundo acto cuyas desmesuradas proporciones producen una fatiga intolerable, que es la impresión final; á pesar del descanso que se da para comer, anunciado por las famosas trompetas. No quiero abusar alargando mi artículo y concluyo con el incidente original de aquel día y que no creo muy conocido.

Al acabar el primer acto y en el momento en que todos aplaudíamos, apareció Wagner en uno de los palcos del fondo destinados á personas reales,

principes y personajes, y dirigiéndose al público, dijo: "no aplaudan ustedes hasta el fin, puesto que no sabensí les gustará." Excusado es decir la sorpresa de todos, pero lo más original es que al concluir el espectáculo sea por el cansancio, porque era muy tarde, ó por las palabras del maestro, nadie aplaudió y entonces volvió á aparecer Wagner en el mismo sitio y nos dijo: "yo no sé lo que ustedes pensarán de mi música, pero yo aplaudo á los artistas, porque lo han hecho muy bien;" palabras que fueron seguidas de atronadores aplausos. ¿Qué le sucedería en España á un compositor español que hiciera esto mismo?

G. MORPHIL

### La casa del Sr. Teresa en la esquina de Mercaderes.

Entre nuestras vistas del día 16 figura el espléndido edificio propiedad del Sr. Teresa. Fué uno de los que más llamaron la atención del público por la iluminación total y deslumbrante de su fachada.

Puede decirse que toda ella estaba cubierto de focos artísticamente combinados para producir un efecto que sorprendía.

Además, la casa en referencia es una de las mejores y de las que más hermocean el México nuevo.



Sr. Alberto Elguero.—Mención honorífica.

### La exposición de 1900

En todas partes hay gran actividad para la organización de excursiones á la capital de Francia durante las fiestas de la gran Exposición Universal.

En Inglaterra ha habido gran entusiasmo por los informes halagadores que dió el Príncipe de Gales acerca de su última visita á París.

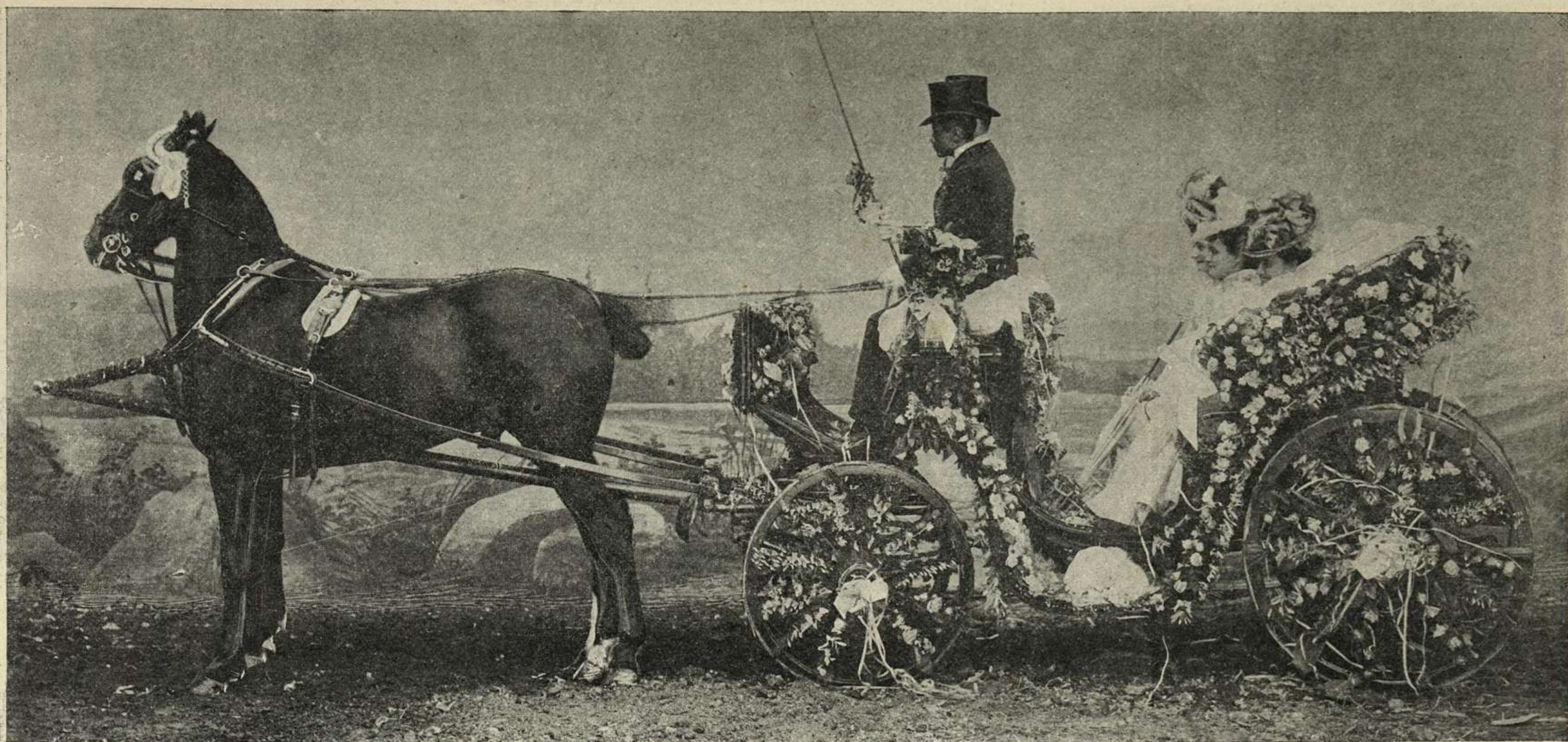
Ya se han formado algunas sociedades que tienen por objeto facilitar á los ingleses una visita á la Exposición, en las mejores condiciones posibles.

Organizan excursiones de Londres á París para 1900, del sábado al lunes de cada semana. Mediante la suma de 62 francos pagaderos en cincuenta abonos de un shelin, el excursionista tendrá derecho al viaje de ida y vuelta, recibirá alimentos y se le alojara dos días dándole cuatro boletos para la Exposición. Podrá además el viajero disponer de algunas horas para visitar Versalles.



Sr. Enrique Cristlieb.—Mención honorífica.



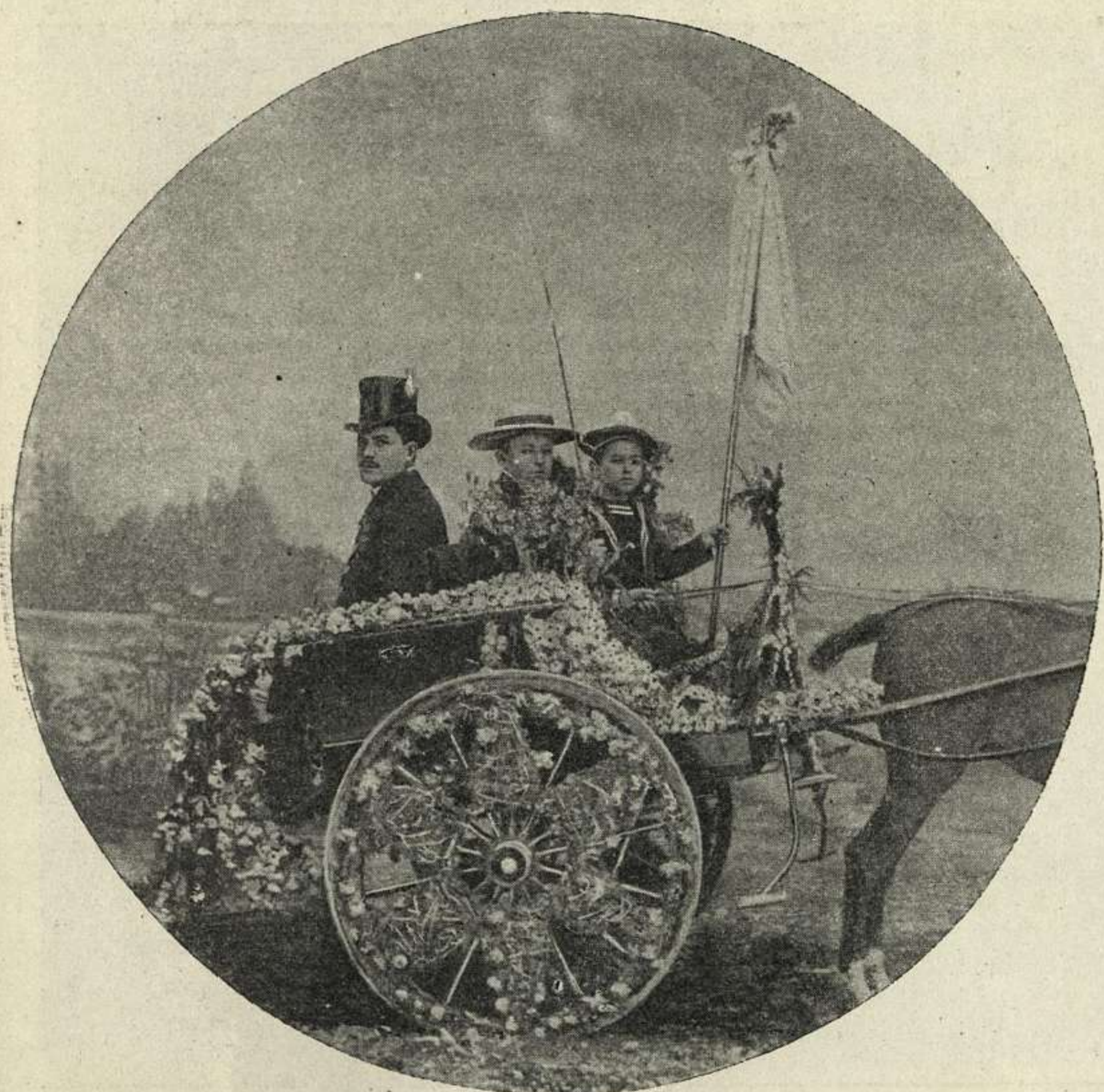


Coche del Sr. Lic. José Hipólito Ramírez.—Sritas. Inés Sthalnecht y María y Margarita Ramírez.—Segundo premio.

EL COMBATE DE FLORES Y LAS FIESTAS CIVICAS

Cumplimos nuestro ofrecimiento publicando en esta edición la más completa y acabada colección de grabados, en la que figura todo lo que hubo de más notable en el combate de flores con que se solemnizó el onomástico del Señor Presidente de la República, así como en las fiestas del aniversario de nuestra Independencia.

El día 14, la avenida que se extiende desde la 1ª calle de Plateros hasta la estatua de Carlos IV. amaneció primorosamente ornamentada y a las diez de la mañana el Señor General Díaz se presentó en ella dirigiéndose a la casa del Señor Secretario de Hacienda para presenciar el combate de flores, que en su obsequio se había preparado. El numeroso y elegante público de los balcones saludó al Señor Presidente, lanzando a su paso flores y ramilletes,



Dog cart de los niños Manuel y Patricio Sanz.



Dog cart del Sr. Ernesto J. Lyons.—Sr. Enrique L. Fuentes.



Coche del niño Valletto Hidalgo.—Sr. Carlos Hidalgo y niños Rosa Dehesa y Francisco y Víctor Barroso.—Segundo premio.

confetti y serpentinas: entre tanto, la multitud aplaudía, vitoreando al héroe de la Paz.

Dió principio el combate. El primer coche que cruzó la avenida fué una victoria, tirada por dos chivos enjaezados. En nuestro número anterior, publicamos un grabado de este delicioso juguete en el que iban los niños Juan y Lola Salcido. A poco se presentó la brisa del Señor Don Tomás de la Torre y Mier, tirada por cuatro caballos. El adorno de este coche era de lo más gracioso y exquisito: gardenias, camelias y "no me olvides" en bellísimo y original arreglo.

Ocupábanlo la Sra. Doña Amada Díaz de de la Torre y la Sra. Doña Laura Formento de de la Torre con sus dos hijas.

Recibió el elegante tren las demostraciones más ruidosas y la lluvia más nutrida de flores.

La carretela en que iban la Sra. Hampson y la Srita. Ord, lujosamente vestidas con trajes verde nilo y blanco aperlado, llamó la atención por su ornamentación vistosa y artística.

Estos dos coches merecieron los primeros premios. Violetas, gardenias y hojas de platanillo adornaron el coche del Sr. Don José Hipólito Ramírez, en el que se presentaron á la fiesta las Señoritas Ramírez é Inés Stalcknecht.

La victoria revestida de raso color de rosa y adornada de ardenias, rosa té, nardos y rosas blancas, ocupada por las Señoritas Antonia Winter y Paz García, obtuvo con el anterior el segundo premio en el concurso.

Por su originalidad se distinguió la victoria del Sr. Cortazar, adornada con grandes haces de doradas espigas entre guirnalda de rosas y dalias.

El landó del niño Julio Valletto llevó á la fiesta al Sr. Carlos Hidalgo y á los niños Rosa Dehesa y Francisco y Victor Barroso y Julio Valletto. Sobre un fondo granate lucía este cochemillares de camelias, campanulas y heliotropos.

La elegante victoria del Sr. Bermúdez tirada por un tronco de alazanes, conducía á la Sra. de Bermúdez y á las Sritas. Consuelo, Margarita y María Bermúdez.

El dogcart dirigido por los jóvenes Ernesto Lyons y Enrique L. Fuentes, desaparecía entre guirnalda de gardenias, buguembilias y madre selvas.

Riquísimo tren el de Sr. D. Ignacio de la Torre: era un break tirado por seis caballos de raza, adornados de pequeños ramos en las cabezadas. Guiaba el mismo Sr. de la Torre, acompañado por D. José W. de Landa y Escandón.



Faeton del Sr. Adrián Segura.—Segundo premio.

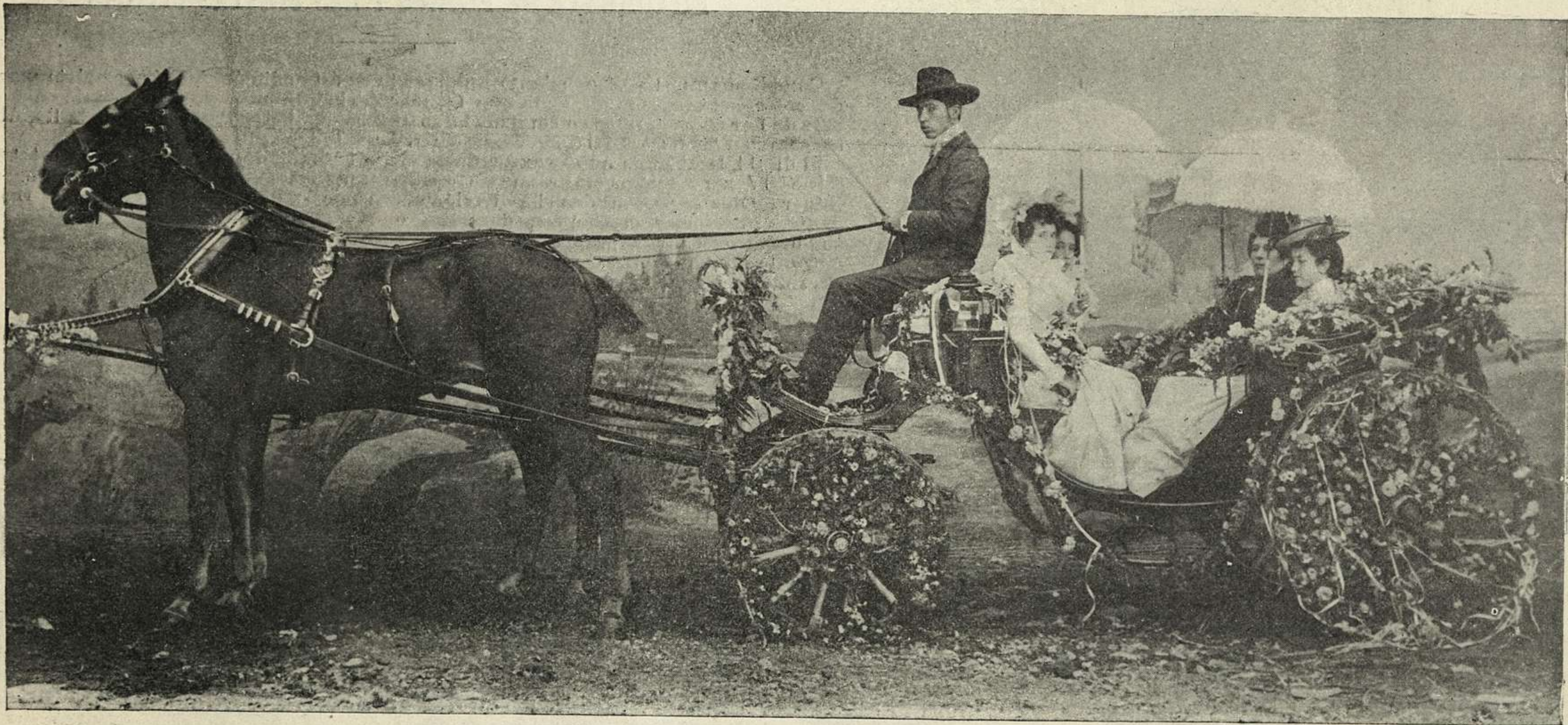
Los faetons de los Sres. Adrián Segura y D. Clemente Sanz, iban adornados de dalias, no me olvides, violetas y rosas. Los poneyes del Sr. Sanz, cuajados de flores.

El Sr. Ingeniero Rafael García y Sánchez Facio, con su esposa y dos niñas, ocupaba una victoria con tableros de musgo y flores lindísimas en el pescante y guías de gardenias y reinas al rededor.

á la avenida aspecto brillantísimo de moderna ciudad cosmopolita con sus formas, inéditas para muchos de los sencillos concurrentes de las aceras.

La Señora Adela B. de Medina y la Señorita Natalia Leal ocupaban una victoria canastilla.

El Sr. del Río, un faeton revestido de dalias; otro faeton cubierto de amapolas, los jóvenes Vivanco y uno más con el mismo adorno, el Sr. Villar.



Victoria del Sr. José María Bermúdez.—Sra. de Bermúdez, Sritas. Consuelo, Guadalupe y María Bermúdez.—Mención honorífica.

La Srita. María Maya, acompañada por la Srita. Elena Mercado, ocupaba un coche tirado por airoso caballo retinto con primorosos ramilletes de flores naturales. Malva-rosas, cedro y margaritas, formaban lo notable de la ornamentación del coche de la Srita. Maya.

El Mail coach del Sr. Saldivar, el break de los señores Osio, tirado por seis caballos, el wagonet de los Srs. Iturbide; el charret adornado de violetas del Sr. Suinaga, el faeton del joven Mario Bulnes. daban

El Sr. Salvador Osio iba en una canastilla-faeton con un gran corazón de violetas en la testera; y los niños Sanz en un dogcart sencillamente cubierto de margaritas.

Rosa té, gardenias y tulipanes revestían el coche de la familia Bustillos.

La Sra. de Lemus y la Sr. Padilla se presentaron en un coche lleno de flores naturales.

El coche del Sr. Dr. Ruiz tenía un adorno sencillísimo de rosas y violetas.

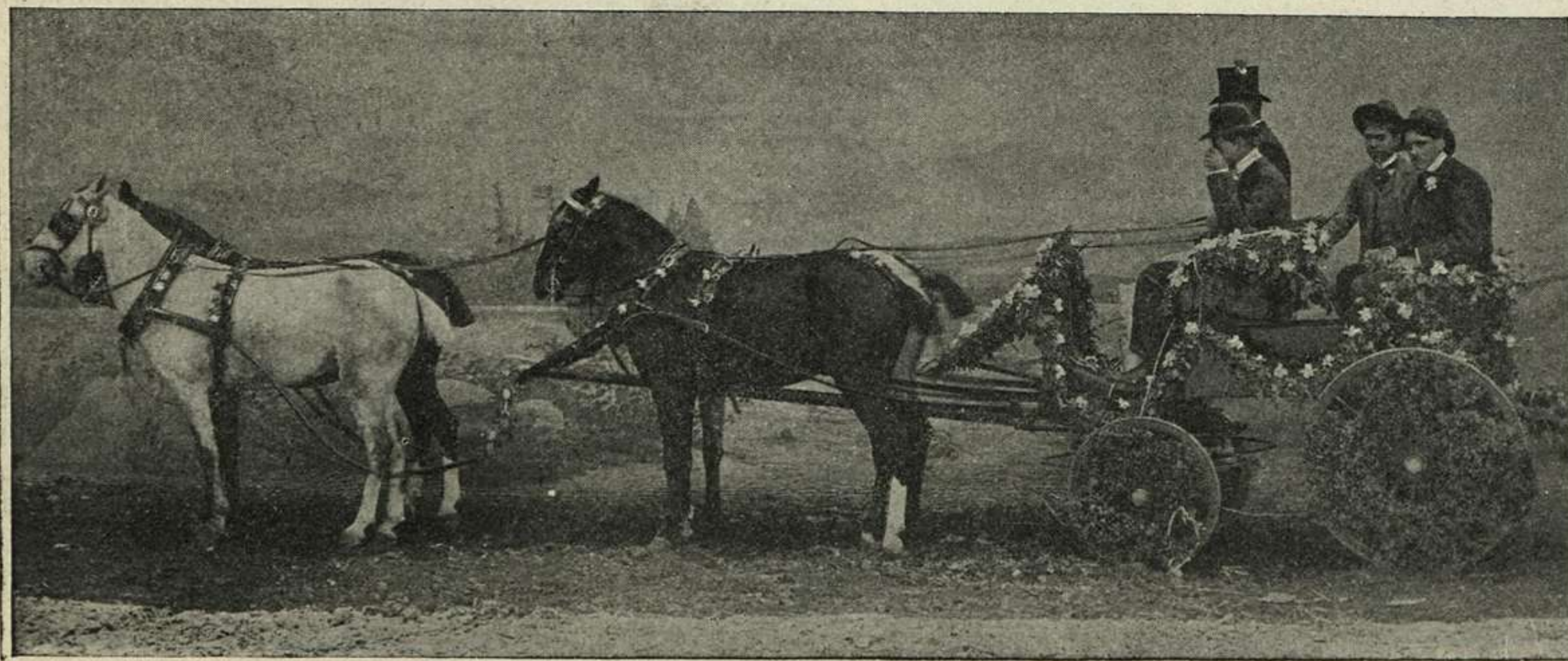
Guías de flores naturales llevaba el coche de la triple Rosario Soler.

Entre los ciclistas obtuvieron el primer premio los Sres. Jaime Kiefer y Ramón Orta.

Los segundos premios se otorgaron á los Sres. Salvador Zozaya, Manuel Gavino y Alberto Elguero y mención honorífica á los Sres. Carlos Green, Pablo Bolemann, Salvador Lozano, Rafael Muñoz, Leodegario Cigales, Enrique Bellagamba, Manuel Guerrero y Posada, Luis Braner, Evaristo Villaseñor, Fernando Couto, Ezequiel Moreno, Gabriel Monterrubio, H. A. Christleeb, G. Meenen (Torre Eiffel), Joaquín Tiburleng y á la niña Opal Punkolt (vestida con los colores de la bandera norte-americana).

El grupo de los alumnos del Liceo Francés fué una simpática y graciosa caravana que despertaba murmullos cariñosos.

Hermosa fiesta, y más hermosa aún por su significación nobilísima. Todas esas flores que caían en la espléndida avenida bañada por rasadas de luz solar, son el tributo que rinden—como en las antiguas leyendas las ofrendas á la deidad protectora,— as so-



Faeton del Sr. Clemente Sanz.—Mención honorífica.



Grupo de alumnos del Liceo Francés de San Cosme

medallas que vienen entre las exquisitas de la cultura y de la paz, último florecimiento de la civilización, — al noble esfuerzo que preside, vigilante y anioso, la concordia social y las victorias del progreso.

\*\*

Celebramos el triunfo de los vivos; pero no olvidamos á los muertos.

Después de las fiestas en honor del Señor Presidente, la recordación vibrante de la Independencia.

El desfile de los trenes vistosos en el festival de las flores, fué el prólogo de las marciales manifestaciones del día 16. Rurales, artilleros, cadetes, marinos, infantes y dragones llenaban la ciudad con el ruido bélico y alegre de sus marchas.

Todos aclamaban al soldado mexicano, heroico y patriota; admiramos la noble figura de los rurales, y la simpática y disciplinada juventud del Colegio Militar.

Pero el triunfo fué para los jóvenes marinos. Su formación, como la de los cadetes, irreprochable y de una estética vistosísima, despertó los entusiasmos por donde pasaban esos bravos.

Magnífica oportunidad para nuestros artistas! Y que la aprovecharán lo indica el valioso y bien ejecutado conjunto de vistas que hoy publicamos, para corresponder al favor de nuestros abonados.

## D. Pedro de Madrazo.

Ac. b. de fallecer en la corte de España el notable escritor, historiógrafo y crítico de Arte, don Pedro de Madrazo.

Nació en Roma el año 1816, y fué hijo del pintor de Cámara D. José de Madrazo.

Actualmente era Director de la Real Academia de nobles Artes de San Fernando; director del Museo de



Sr. Salvador Zozaya.—Segundo premio



Sr. Bellagamba.—Mención honorífica.

Arte Moderno, recientemente abierto al público en el edificio de la Biblioteca Nacional; académico de la Lengua y de la Historia y consejero de Estado.

La labor de D. Pedro Madrazo ha sido fecundísima. Sus principales trabajos los dedicó al estudio crítico é histórico de las Bellas Artes, especialmente de la pintura.

Madrazo ha sido conocido y apreciado en Europa, como en realidad debía serlo desde el momento en que dió comienzo á su *Catálogo descriptivo del Museo del Prado de Madrid*.

Este trabajo, verdaderamente admirable por los conocimientos históricos que revela de las escuelas pictóricas de Europa y de sus maestros, por la paciente labor de investigación que hubo de realizar, y por el buen sentido crítico, que en todos sus juicios campea, es, seguramente, movimiento único (aun cuando inconcluso por desgracia) de este género en España.

Dignas también de grande estima son entre otras, las obras que, ya en colaboración, ya solo produjo, contándose en primer término, *El Museo de Madrid y las joyas de pintura de España*; colección de cuadros pertenecientes al Estado, á la corona y á la Iglesia.

Muchos otros estudios de índole artística, histórica y arqueológica realizó D. Pedro Madrazo. Actual-

mente una importante casa editorial de Alemania está terminando la publicación de una magnífica obra descriptiva de nuestros monumentos arquitectónicos debiéndose la parte que corresponde al románico á la pluma del docto escritor de cuyo fallecimiento damos hoy cuenta.

Con su ilustre hermano D. Federico de Madrazo publicó el primer periódico semanal ilustrado, verdaderamente importante que hasta entonces se había conocido en España. Dicho periódico titulábase *El Artista*, y en él los dos hermanos rompieron lanzas por el electricismo en el arte, á pesar del sentir romántico de D. Pedro.

El número de los artículos críticos é históricos de arte, de monografías etc., ya puramente literarios, ya arqueológicos, publicados en periódicos y revistas por D. Pedro Madrazo, es verdaderamente asombroso. Aun hace muy pocos meses la *Ilustración Española y Americana* daba á luz en sus columnas un precioso estudio acerca del *borrado*, que como todos los trabajos de este género escritos por Madrazo, rebosaba erudición grande y refinado buen gusto.

En este punto, ambos hermanos, D. Federico y D. Pedro, han sido igualados por bien pocos, así críticos como artistas. La refinada educación social del pu-

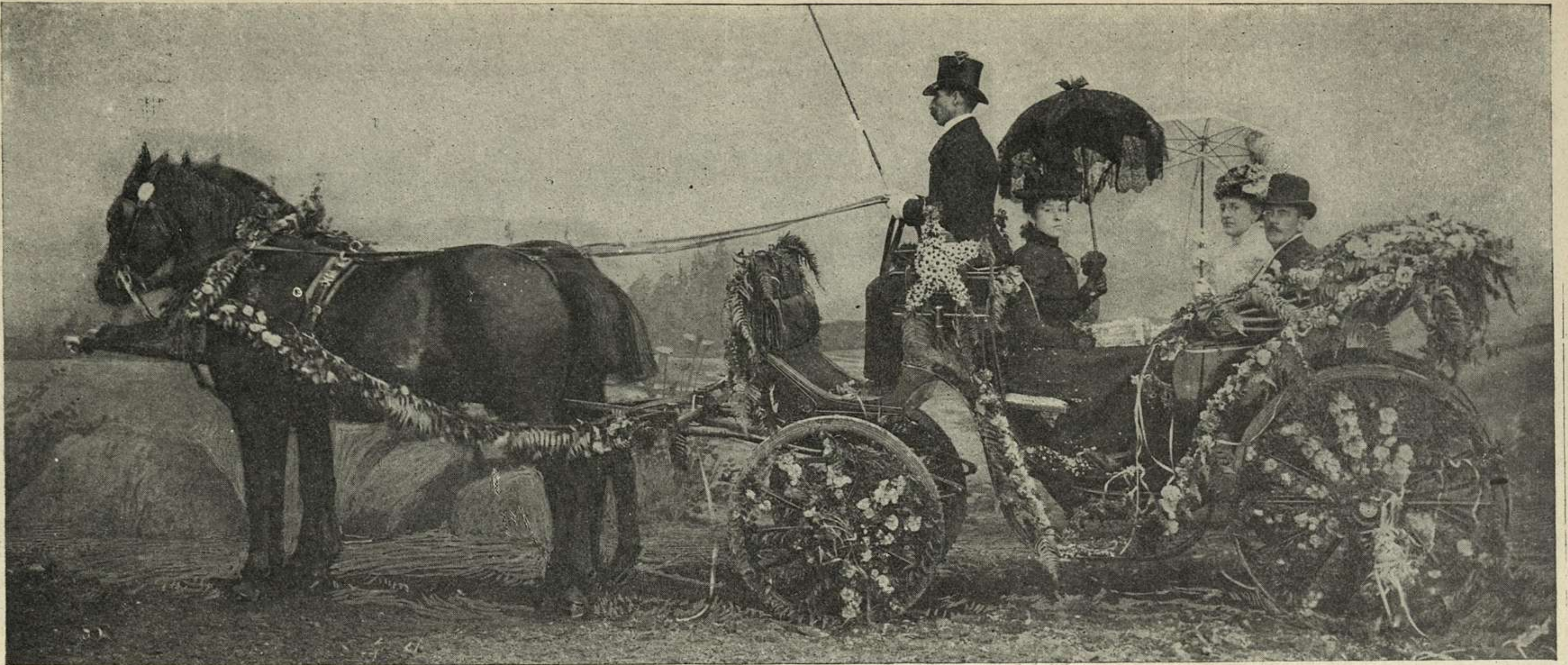


Niña Opal Punkolt.—Mención honorífica



Sr. Manuel Gaviño.—Segundo premio.

Fotografía González y Hermano.



Victoria del Sr. Ingeniero Sánchez Facio.—Mención honorífica.

tor y del escritor, sus claros talentos y sus continuos viajes á todos los grandes centros artísticos de Europa, depuraron de un modo admirable sus gustos, al paso que les hicieron renunciar á muchos de los prejuicios que en materia crítica suelen informar las apreciaciones de aquellos que se han formado en otros días y bajo otro medio intelectual.

D. Pedro Madrazo cultivó también la poesía. Sus mejores obras de este género forman parte de la *Colección de los mejores autores españoles* y se titulan *La Senda de la vida*, *Stela matutina* y *el toque de oraciones*.

El último trabajo á que dedicó sus energías D. Pedro Madrazo, fué la organización del citado Museo de Arte Moderno.

En la imposibilidad de ir al Palacio de la Biblioteca para dirigir personalmente la selección, colocación y distribución de las obras, pues ya se hallaba mortalmente enfermo, hacía aquellos trabajos teniendo á la vista los títulos de los cuadros y esculturas.

Luego, sobre hojas de papel que representaban las paredes de las salas, distribuía con el compás, y ayudado de su excelente memoria, las obras, con arreglo al plan cronológico que se había impuesto, para el mejor estudio del Museo.

Caballero irreprochable, bondadoso, dispuesto siempre á romper una lanza en pro del arte, D. Pedro de Madrazo baja al sepulcro, honrado y sentido por cuantos le admiraban, que son tantos cuantos le han conocido y leído sus trabajos.

## PSICOLOGIAS DE SALON

### EL FLIRT

*Flirt*, señora mía, es una palabra de origen inglés, al decir de los lingüistas; mas yo tengo para mí que es internacional y que lo ha sido desde sus orígenes. Cuando menos hoy por hoy pertenece á todas las lenguas y vos habreis de adoptarla, señora mía, aun cuando vuestro marido ó vuestro novio sean académicos, —que no lo creo,— y os digan una y mil veces que no es palabra genuina de vuestra habla nacional.

¿Que para qué la necesitáis? Ah, la necesitáis más que cualquiera otra, más que la palabra *amor*, vaya, y eso que concedo que esta última os es más indispensable que el aire que respiráis.

Vos amais, sin duda alguna, porque de otra suerte no acertaría á explicarme la limpidez aterciopelada de vuestros ojos vencedores ni el carmin de vuestra boca que anida besos; pues bien, mi graciosa señora, yo os aseguro que es mayor en vos la influencia del *flirt* que la del amor y que en alas de aquél habeis pasado momentos de más intensas satisfacciones que en brazos de éste.

¿No lo creéis?

El *flirt*, señora mía, es algo ténue y vaporoso, algo intangible y transparente, que os envuelve, os besa, os arrulla, os mima, os encanta y os seduce... sin comprometeros ni obligaros; es una dulce y fraternal escaramuza que libran vuestros ojos y vuestro verbo, es un ósculo amistoso confiado al conducto de las vibraciones atmosféricas y un cordial apretón de manos ni tan largo para ser pecaminoso, ni tan corto para dejar sobre la exquisita sensibilidad de la epidermis un soplo de banal indiferencia.

Es *flirt* lo que hacemos, mi bella amiga, cuando os digo que ninguna mujer evoca sobre el teclado los suspiros de Chopin tan vivamente como vos, y cuando me decís que las ojeras que agigantan vuestros ojos de gacela salvaje se deben á que os habeis desvelado leyendo cosas mías.

Vos quedais orgullosa y contenta, aun cuando sepa que miento descaradamente, pues el Pontífice de los pianistas aborígenes, os ha asegurado, —con magistral suficiencia,— que Chopin y vos sois polos opuestos, y yo, por mi parte, me siento crecer aun cuando tenga la más completa seguridad de que vuestras ojeras son obra maravillosa de vuestro feérico lápiz, y de no haber escrito nada hasta ahora.

Pero es que.....

Es que hay un lazo impalpable que nos une, una corriente simpática que nos encadena y que sin embargo no es amor. No es amor porque nada nos exigimos y bien sabéis que el amor es exigente.

Donde quiera que nos encontramos hallamos placer en estar juntos, pero una vez que nos separamos ¿nos acordamos el uno del otro? No lo creo, señora, de parte vuestra; en cuanto á mí, sería asaz grosero si os dijese que os olvido un solo momento....

¿Os importaría acaso saber que yo amo á alguna? No de cierto: ¡si alguna vez os he hecho confidente de mis amores y vos me habeis escuchado como quien oye llover!....

—¿Siento yo celos de vuestro dueño? amiga mía.... sería descortés decirlo que no.

Y á pesar de todo nos buscamos tenazmente cuando la casualidad nos acerca.

Eso es el *flirt*: acuarela del amor, que dijo no sé quien, pero que fué alguien que con seguridad tenía grandes aficiones por las acuarelas.

\*\*

No cabe dudar que el *flirt* reposa sobre la eterna y universal atracción de los sexos, desde el momento en que presupone el concurso de una dama y de un caballero; mas no por ello debe ruborizarnos, puesto que es ley de naturaleza que debemos reconocer franca y altamente, el que esa atracción flote sobre las frentes de todos los garzones y por sobre las cbelleras de todas las vírgenes, y de otras que no son ni una ni otra cosa.

El *flirt* es tan espontáneo y tan caprichoso como el amor, y como él tiene rarezas y volubilidades de onda. Puede llegar á ser obsesión y suele proscibir todo otro sentimiento análogo.

Es eminentemente cerebral y acusa siempre comunión de ideas aun cuando aparentemente pueda aparecer lo contrario.

El *flirt* no tiene las tiranías del amor, y la fidelidad que invoca es muy relativa: basta que la guardéis en determinado momento y entonces sí debe ser absoluta.

Roza tan sólo la superficie de la almas y se asusta como ave selvática, cuando se acerca á las profundidades del corazón. Vueta entonces y es bien difícil hacerle volver; porque ya desconfía.

Puede haber *flirt* pasional, señora mía, no lo niego; pero ese es patrimonio de muy altos espíritus, y muchas veces lo que tal creemos no es otra cosa mas que el paso al amor, la defección del *flirt*, la traición tenebrosa.

Creedme, mi hermosa amiga, el amor más satisfie-

cho no vale nunca lo que el *flirt* más insignificante. El *flirt* no es amistad, porque la amistad es confiada é íntima. A un amigo vuestro podeis abrir el anfora de vuestros más recónditos anhelos, pero á vuestro *flirt* sólo debéis decir lo que os convenga.

Un *flirt* puede tornarse en el más poderoso auxiliar de vuestro amor, porque mantiene alerta la atención de vuestro amado y espolea por manera eficazísima su dedicación y su fidelidad.

Es porque el que ama realmente no concibe el *flirt* ni en su propia persona ni en otras, y ve un peligro donde no le hay. El *flirt* sólo congenia con la independencia del corazón ó con la tranquilidad de un viejo amor satisfecho.

Por eso á mí me place *flirtear* con las novias de todos mis amigos, lo que ha contribuido á afianzar mis verdaderas amistades y á resolver las ficticias.

\*\*

El *flirt*, amiga mía, es una imperiosa necesidad de las sociedades modernas.

Surgió simultánea y naturalmente en el seno de todos los salones civilizados, como surgen todas las verdaderas necesidades, y si los ingleses fueron los primeros en darle nombre oficial, fué porque.....

¿Por qué serían los ingleses los primeros en bautizarle?

Ah, Albión la pérfida también tiene sangre en sus venas, aunque fría! Ella fué la primera en eliminar el nuevo sentimiento de sus equívocas analogías y presentó al mundo puro y sin mancha.

¡Entonces se vió que era un sentimiento ya muy viejo!

Confundiósele mucho con la desenvuelta y descocada coquetería, con esa coquetería que tanto os calumnia, dulce amiga. Pero no hay nada más erróneo, porque apenas hay algo más diferente que la coquetería y el *flirt*.

Aquella se ejercita con todo el mundo, y éste tan sólo con determinadas personas. La coquetería no liga y el *flirt* sí. Pero, lo repito, liga momentánea y pasajera sin los derechos ni las obligaciones del amor.

El *flirt*, en suma, es una de las grandes creaciones de este siglo moribundo.

*Flirtead*, señora mía, *flirtead* á despecho de todo lo que en contra se os diga. El *flirt* es honesto y tan necesario como la cortesía.

Yo le adoro muy de veras, y sólo tengo una duda que no me ha sido dable resolver, y que someto, mi señora, á vuestro luminoso examen.

¿Por qué en las conversaciones del *flirt* el tema obligado es el amor?

OSCAR HERZ.



Coche del Sr. Medina Garduño.—Sra. de Medina y Srita. Leal.—Mención honorífica.



Desde muy léjos la vi  
Junto á silvestre aleli,  
Silenciosa,  
A la orilla del sendero  
Bajo el dosel de un alero  
Que extiende su ala ruinosa.  
¡Triste madona bendita,  
Sin ermita,  
Allá en sendas solitarias  
Donde reina olvido inmenso,  
Sin cánticos, sin incienso,  
Sin altar y sin plegarias!.....  
¡Oh, triste madona mía!  
¿No sientes ¡ay! nostalgia  
Por el órgano sonoro  
Que solloza desde el coro,  
Y por la nave sombría  
Inundada  
De rumores,  
Donde entra la luz velada  
Por los vidrios de colores?  
En tu campestre santuario  
Jamás ningún incensario  
Alzó su vuelo armonioso;  
En el valle silencioso  
No has oído  
Mas sonido  
Que el clamor de una campana  
Muy lejana  
Que los ecos te han traído.  
No conoces  
Otras voces  
Que el melancólico acento  
De alguna canción distante  
Llevada en alas del viento.....  
O la voz del caminante  
Que al verte, reza, se humilla.  
Y te dobla la rodilla.  
Mientras en otros altares  
Prenden luces á millares,  
Aquí entre la sombra bruna  
Por siempre estás escondida....

Pero no!... ya está encendida  
Tu alba lámpara: la luna,  
Y ya prende sus destellos  
En tus ojos y cabellos.  
En el mes de los claveles,  
Los vergeles  
Son, á los templos sagrados  
Transportados;  
Y al compás de la armonía  
De los místicos loores,  
Las niñas llevan sus flores  
Hasta el altar de María.  
..... ¡Ay! tú no has visto más flor  
Que la del pobre pastor,  
Arrancada en el camino:  
La gitana florecilla  
Que abre su faz amarilla  
Entre el cardo y el espino.....  
¡Oh, madona que fulgura

Entre la ola  
De verdural  
¡Virgen sola  
Allá en praderas distantes,  
En praderas habitadas  
Por bandadas  
De mariposas errantes!...  
Desde aquella lejanía  
Bendice, madona mía,  
A todos los caminantes;  
Y déjame que de hinojos,  
Eleve hácia tí mis ojos  
Junto al dosel del aiero  
Que extiende su ala ruinosa  
A la orilla del sendero,  
Y te diga una plegaria  
Silenciosa  
¡Oh, madona solitaria!.....

MARIA ENRIQUETA

MI RETRATO.

Este que ves, engaño colorido,  
Que del arte ostentando los primores,  
Con falsos silogismos de colores  
Es cauteloso engaño del sentido;  
Este, en quien la lisonja ha pretendido  
Excusar de los años los horrores  
Y venciendo del tiempo los rigores  
Triunfa de la vejez y del olvido:  
Es un vano artificio del cuidado;  
Es una flor al viento delicada,  
Es un resguardo inútil para el hado:  
Es una necia diligencia herrada,  
Es un afán caduco, y bien mirado,  
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

EL TORMENTO DE CUAUHEMOC.

Lleno Cortés de crueldad impía,  
Del imperial tesoro el alma avara,  
Por hacer que el monarca le entregara  
Las joyas de la azteca monarquía,  
Fuego lento á los piés le aplica un día:  
Pero indomable el rey, nada decia,  
Y, sin quejarse y con serena cara,  
Parece que al tormento desafia.  
Cediendo del dolor á la fiera  
Un compañero suyo de tortura,  
Volvióse á él y vióle con tristeza  
Debilidad creyendo su amargura,  
Cuauhtemotzin le dijo con firmeza:  
"¿Estoy yo sobre flores por ventura?"

JUAN VALLE.

CAPRICHOS

JOYAS Y FLORES

Mientras canta Siebel su melodiosa romanza, yo me pongo á soñar en tantas cosas!.....  
En la penumbra, bajo las sombrías arcadas de la bóveda frente al ventanal por donde penetran los diáfanos azuleos de la noche, hundido en el viejo sillón de cuero, silencioso, inmóvil, sólo, medita el Doctor Fausto. Cruje la lámpara de bronce colocada sobre el verde tapete de la mesa, entre infolios abiertos y frascos polvorosos, y su llama ociosa, alargada y vacilante, parece un fuego fatuo que mariposea en las tinieblas. Afuera, la claridad de los astros prende radiaciones inesperadas en las placas oscuras de los tejados, en la aguja gótica del templo, y en la rumorosa fila de pinos que atalaya el horizonte. Sobre el cielo, intensamente azul, se deslisan las estrellas como gotas de rocío.  
Todo duerme en la soledad de la noche. El camarero vela. Adentro, en la aparente tranquilidad de la alcoba hay lucha desesperada, combate rudo, batalla formidable. Nada se agita en el gabinete; en el fondo tenebroso apenas se perfilan las retortas volcadas y el hornillo apagado: este es un gran sepulcro. Pero allí, dentro del negro birrete que casi oculta el rostro, bajo la barba luenga y encanecida, hay una frente en que martillea el pensamiento, incesante y furiosamente, y un pecho dentro del cual un corazón laterebosando amargura. Todo lo ha visto Fausto; todo lo ha escuchado; ha hundiéndose sus investigaciones hasta el fondo de las profundidades, en busca de la eterna verdad  
Y después de tantos sueños, pasados en las infinitas contemplaciones, en el laberinto de los oscuros problemas, se ha encontrado el insaciable con que son inútiles sus esfuerzos. He aquí una existencia perdida.

Y allí está el rebelde, palpitando bajo la canosa y luenga barba, y gritándole á cada instante: ¿Por qué te has olvidado de mí? Yo necesito amar, necesito creer, necesito soñar; sálvame, sálvame!.....  
En tanto el cerebro le decía: „Vigila, acecha, busca; la verdad es la sola inspiración, el sumo bien la eterna vida.

De aquella lucha callada, solitaria, inmensa, vista por Dios desde las radiantes lejanías, surgió una desesperación; aquella desesperación arrojó un grito que se condensó en el aire y se convirtió en una blasfemia. Alguien lanzó una carcajada á lo lejos, la llama de la lámpara se agrandó y se hizo hombre.  
Mefistófeles había cerrado el pacto, Fausto iba á ser feliz, á ser joven, á ser amado.

Y allá, mientras la aurora deshacía las brumas, y apagaba las estrellas, en su alcoba de virgen Margarita, soñaba con las visiones castas de su *Leyenda de oro*, y tú, Siebel, dejabas tu ramillete de flores recién cortadas, húmedas aún por la lluvia del alba, en el alfeizor de la ventana.  
¿Por qué Fausto seduce á Margarita? ¿Por qué tú que eres el amor puro, huyes del cuadro? ¿Por qué la niña rubia recoge las joyas y desdén las flores? ¿Por qué la canción *El Rey de Thulé* se torna sollozo de angustia, y la iglesia cierra sus puertas á la pecadora, y la invisible espada del mal abre el pecho de Valentín?

Mefistófeles ríe de todo esto: ríe, brindando con la copa chorreante de fuego y el labio de sarcasmos; ríe en la claridad de la noche mirando cómo en el jardín dos almas se confunden y se besan; ríe en el pórtico del templo; ríe en la obscura calleja cantando la diabólica serenata; ríe, por fin, en el instante de arrebatarse una alma á los celestiales designios  
Mientras tanto tú cantas, candoroso muchacho, tu divina romanza: "Habladle de mi amor, flores amadas."

Y las flores no te harán caso: ya están vencidas por las joyas..... ¡Qué lástima!  
LUIS G. URBINA.

LOS NIÑOS

LONGFELLOW

Venid buenos amiguitos;  
Cuando escucho vuestros gritos,  
Cuando miro vuestro juego,  
Mis pesares huyen luego.

Pues me abris gentil ventana  
Y á la luz de la mañana  
Miro el agua cri-talina  
Y la inquieta golondrina.

Vuestras almas inocentes  
Tienen pájaros y fuentes;  
Vuestros libres pensamientos  
Son cual hondas, son cual vientos

En vosotros todo es canto,  
Todo es luz; gozad, en tanto  
Que mi helado invierno empieza;  
Ya es de nieve mi cabeza.

Sin vosotros, pequeñuelos  
Mensajeros de los cielos,  
¿Cuán estéril, cuán sombría  
La existencia no sería?

Sois cual hojas que al anciano  
Bosque dan verdor lozano  
Y en los aires se remecen,  
Beben luz y resplandecen.

Venid, niños bendecidos,  
Quedo, quedo en mis oídos  
Susurrad lo que suaves  
Os contaron brisas y aves.

Vuestra atmósfera supera  
A la misma primavera  
De los campos, con sus flores  
Y sus blandos ruseñores.

Con vosotros comparadas  
Poco valen las baladas,  
Las poéticas leyendas  
Las ficciones estupendas.

Que la historia es sombra incierta  
Y los libros letra muerta;  
Vuestra cándida alegría  
Es viviente poesía.

M. A. CARO.

SIMBOLO.

Dijo á la blanca luna el asfodelo:  
"¡Oh reina del azur, solemne y triste!  
¿Qué misteriosa palidez te viste,  
Ofelia vagabunda por el cielo?"

Cándido cisne de color de cielo  
¿En qué profundo flageolón caíste?  
¿A qué brumoso páramo tendiste  
Las plumas albas con silente vuelo?"

Calló la flor y doblegó en la urna  
Su fúnebre corola taciturna,  
Cual simbólica imágen de lo inerte.

Mientras el astro, como esquife indiano  
De vela de ámbar, se perdió en lo arcano  
Con rumbo á las riberas de la muerte.

LEOPOLDO DÍAZ.

# CRIMENES HORRENOS

Ese día, muy tempranito, había yo ido al jardín del Retiro llevando mi cámara fotográfica para tomar instantáneas. El sol claro y brillante subía por un cielo sin nubes; la brisa tibia y perfumada agitaba apenas las copas de los árboles y había por todas partes efluvios de primavera y rumores de vida.

Pájaros y flores, campo solitario y horizontes azules. ¿Hay cosa más bella? Así pensaba yo, cuando como si respondieran á una evocación de mi pensamiento surgieron en un claro del jardín, envueltos por un rayo de luz como un nimbo de gloria, dos jóvenes sonrientes y felices.

¿Eran prometidos, eran hermanos? quien sabe! pero el grupo que formaban era más bello que cielo y campo, flores y aves, brisas y murmulos.

Pasaron cerca de mí, muy estrechados el uno contra la otra, en deliciosa confianza bajo su quitasol de seda blanco que brillaba destacándose sobre el fondo verde obscuro de las frondas.

Siempre he tomado vistas fotográficas de paisajes y de personas y nunca me había impresionado tanto como esta vez. Aquella pareja, bella y joven, derramando la ventura y la alegría me hizo pensar en que no tengo nada de eso yo ¡pobre artista huérfano! y cuando hice funcionar el aparato para tomar la negativa, sentí como que me daba un vuelco el corazón.

Es verdad que Rosita ¡pobre! me ama, y es bella y casta, inteligente y modesta, pero no es eso, no es eso lo que ambiciona mi corazón,

Los jóvenes se alejaron riendo y charlando, y yo sin querer pasear más ese día, me apresuré á volver á mi pobre buhardilla de pintor, que viene muy buena luz, y que según la expresión gráfica de Rosita, está más cerca de las nubes que de la tierra.

Allí pude á mis anchas entregarme á la melancolía de mis pensamientos de solitario. Allí, reclinándome en el alfeizar de la ventana desde donde se divisa la casa de Concha, me puse á suspirar por ella, por ella que es tan hermosa como pura y que no sabe que la amo ni sabe siquiera qué existe en el mundo, por que nossepara el abismo más infranqueable. Ella es rica!

Desde aquí la veo diariamente salir de su casa, entrar en el lujoso carruaje que la lleva á su paseo matinal, y la veo que vuelve á las dos horas, con las mejillas coloradas por el aire fresco del campo, con mucho brillo en los ojos y sonriendo de ese modo encantador que cautiva y embelesa á cuantos la miran.

Luego se pone al piano y canta y toca una hora ó poco más, y por último, antes de que suene la campana anunciando el momento de la comida, se pone á leer y á escribir.

Me encantan sus aficiones literarias; nunca la veo tan bella como cuando sentada junto á su escritorio, con la pluma en la mano, toma esa actitud reflexiva de quien está concentrando todas las fuerzas de su vida en el trabajo intelectual y parece poseída del fuego de la inspiración.

Así la veo, la veo, y cuando ya de noche caen mis párpados al peso invencible del sueño, sigo mirándola siempre tan bella y tan elegante, pero siempre muy lejos del límite que pueden alcanzar mis esperanzas.

## II

Y por qué no?

Recapacitemos. El premio obtenido en la última exposición con mi cuadro «El amor de hoy» me ha producido dinero y fama y me ha abierto de par en par las puertas del gran mundo. Todos se disputan mi amistad como un honor, y Concha misma se ha sentido orgullosa de conocerme.

¡Con qué impresión tan profunda le hice mi primera visita!

Ella me recibió con entusiasta afecto; y cuando cerca del piano le hice, así de improviso, mi declaración de amor, la oyó conmovida como si mis palabras le hubieran penetrado hasta lo más íntimo del alma.

Luego me ha hecho una confesión tremenda.

Cuanto su padre tiene, nombre, fortuna, posición social y política, está ligado á un secreto terrible que ella no conoce pero del que tiene que ser forzosa é inocente víctima. Tres hombres saben ese secreto, tres no más en el mundo, y como precio de su silencio han exigido al padre de Concha que ésta se case con uno de ellos. Son acaso



tres hermanos? No. Se conocieron viajando por el Egipto. Uno es americano, de la Carolina del Norte y tiene un gran capital en minas en California; el otro, es originario de Madagascar, vive en Constantinopla y es armador de buques, y el otro, es un inglés que explota criaderos de brillantes en el Africa austral. Tres potentados. Concha no sabe que relación puedan tener con el secreto de su padre, pero éste los ve con supersticioso terror y cuando los presentó á la joven, dijo:

—Hija mía: por desgracia no puedo como quisiera, dejar á tu voluntad la libre elección de esposo. Un deber ineludible, me obliga á darte en matrimonio á uno de los tres caballeros que están aquí presentes, y es á tí á quien corresponde señalar cual deba ser el preferido. No dudo que sabrás obedecer como buena hija, y luego cumplir estrictamente con tus deberes como buena esposa. Tienes dos meses para conocerlos y tratarlos y fijar tu preferencia, y tienen ellos el mismo tiempo para renunciar á tu mano si así les pareciera. En este último caso ó en el de que por desgracia mueran ó se ausenten durante ese plazo, te devuelvo tu libertad.

El padre de Concha dijo todo esto con entonación solemne y como resolución que no estaba sujeta á discusiones, y la hermosa joven contestó:

—Obedeceré, padre mío.

Habían corrido ya cuarenta días de los sesenta del plazo, cuando fué presentado á Concha; y cada uno de los tres opulentos extranjeros en vez de desilusionarse y devolver su libertad á aquella pobre víctima, se demostraban ¡con razón! más y más enamorados, hasta el extremo de haber surgido entre ellos más de una vez, celosas reyertas que estuvieron á punto de terminar de un modo sangriento.

Concha me hizo llorando este triste relato y terminó diciéndome:

—Juró á usted que si fuera yo libre, de nadie sería más que de usted.

Por eso desde que me despedí y salí de su casa, no ocupó mi cerebro más que una obsesión: volver á toda costa su libertad á la hermosa joven que tan irresistible amor inspiraba á cuantos la conocían.

## III.

Diez días estuve pensando sin descansar en la misma cosa y formando los proyectos más descabellados, sin resolverme por ninguno, hasta que me vino á las mientes el plan más criminal, hipócrita y diabólico que pueda imaginarse.

Yo sabía que en un pueblo cercano á la Capital hay un roble conocido con el nombre de «El árbol de Judas» y al cual los campesinos no se acercan nunca, pues tiene la particularidad de que cuantos se acercan á él se ahorcan irremisiblemente con una de las innumerables lianas que cuelgan de su tronco.

Nunca dudé de esta facultad, pues me era muy conocida la historia de diversos árboles, puentes y abismos esencialmente inspiradores del suicidio. En Wisconsin el sabio naturalista Henry conoció uno de estos árboles y estuvo á punto de sucumbir bajo su influencia; Linneo habla de ellos al ocuparse de las plantas raras de la América del Sur; en la campaña de Rusia, Napoleón hubo de observar cierta noche que cuantos centinelas se situaban bajo un pino cercano á Moskow, se daban á sí mismos la muerte; hay puentes en el Sena y sitios sobre el Viaducto de Madrid que son imprescindiblemente buscados por la gente hastiada de la vida, y cimas y precipicios que han llegado á fundar la teoría científica de la atracción del abismo.

Con esas convicciones, medité y llevé á cabo mi espantoso crimen.

Escribí á cada uno de mis tres rivales, firmando con el nombre de Concha (cuya letra había cuidado de conocer y estudiar) un billete en que con intervalos de media hora les daba cita bajo el árbol de Judas, prometiéndoles que se casaría con aquel que tuviera valor para despreciar las consejas del vulgo y fuera á recibir bajo aquellas ramas su primer beso de amor bajo las sombras de la noche.

Mi plan no pudo tener mejor ni más siniestro resultado: uno por uno fueron llegando los infortunados extranjeros, y uno por uno se fueron ahorcando sin pronunciar una sola palabra tan pronto como quedaban bajo la influencia del árbol maldito.

Yo los observé desde lejos; ví como se retorcieron en las convulsiones de la agonía, lo cual me causaba un regocijo satánico, y ví cómo las aves de rapiña se arrojaban á hacer festín en aquellos cadáveres.

Por lo los regocijos satánicos, las alegrías mal sanas, la satisfacción del crimen, tienen un dejo tan amar-





la hora señalada para la ejecución, el frío de la madrugada me despertó. . . . .

## IV

Y en vano busqué á la luz macilenta de la alborada el altar siniestro, el crucifijo imponente, las rejas toscas, el centinela impassible. Todo había desaparecido, y en sulgar reconocí mi pobre buhardilla de pintor bohemio, mis muebles míseros y mi ventana que daba frente á la casa de Concha.

Entonces respiré, como quien se siente aliviado de un peso muy grande; y apartando mis ojos del opulento palacio de mi soñada novia, y levantándome del sillón donde había dormido con tan horrenda pesadilla, me dirigí á la calle del Venado y toqué á la puerta de una casucha muy pobre.

Media hora después me habían abierto, y torné feliz y haciendo felices á los que me rodeaban, un modesto desayuno con mis buenos tíos y mi prima Rosita.

Rosita había sido mi novia desde la escuela, y con ella me casé hace pocos días, abandonando por supuesto mi buhardilla de bohemio desde cuya ventana se distinguía el opulento palacio de Concha.

En cuanto al árbol de Judas, no es cierto que exista en ningún pueblito cercano á la Capital: fué como todo el crimen creación de un sueño.

JEAN LORRAIN.

## El final de la pendiente.

APUNTE DEL NATURAL

Era Ricardo Cambronero, buen muchacho, simpático, de cara agradable, de frente estrecha, cejas arqueadas, ojos azules, nariz recta y boca risueña, de labios gruesos. Cuidaba su rubia barba con femenil esmero y vestía con elegante sencillez.

Muy joven, perdió á sus padres, quedando dueño de una bonita fortuna; y, mal aconsejado por algunos malos amigos, él que nada tenía de Salomón, tardó poco en emprender una vida de elegante calavera y fué derrochando lindamente su capital, en licenciosas francachelas con mozas y mozos que nada tenían que perder.

No gustaba de la taberna, por parecerle cosa demasiado baja para hombres de su calaña, y tenía ínfulas de conquistador, aunque nunca pasó de ser la más grotesca caricatura del Don Juan.

Primero fué amante de una Estrella, linda muchacha que vendía sus caricias al mejor postor; luego fué Josefina la que se encargó de irle aligerando el bolsillo: más tarde Otilia; después Pura; en seguida. . . . no sé quién; y entre unas y otras le hicieron perder los residuos de su dignidad, la vergüenza, el tiempo y el dinero.

De creer á Ricardo, para él no había resistencia posible; con una mirada, conquista hecha; y en el juego no había otro de mejor fortuna.

Verdad es, que si lo primero era dudoso, para los empedernidos incrédulos, llenos de malicia, lo segundo tenía mucho de verdad. Había jugado con fortuna loca más de una vez; y esto le hizo mantener sus bellas ilusiones.

Porque Cambronero tenía ilusiones; creía que, andando el tiempo, lograría reunir inmenso fortunón, y entonces no daría paso sin que la prensa, esa pregonera de la fama, dejase de dar á conocer sus más íntimos pensamientos.

Desgraciadamente, las cosas no salen como se sueñan. La suerte se cansó de favorecer á Ricardo, y. . . aquí tropiezo y allá caigo, fué quedándose sin blanca.

El mundo elegante tardó poco en oler lo que le pasaba; los amigos fueron abandonándole, á la par que el dinero; y antes de necesitar del crédito, lo había perdido por completo.

Notó entonces Cambronero, con amargura inmensa, que los pocos que le rodeaban, aguardando sin duda la conclusión de la última peseta le miraban con cierta lástima. Arrepintióse entonces de su conducta; pero como generalmente ocurre, aquel movimiento de su conciencia llegó demasiado tarde.

Había hecho el *primo* de una manera escandalosa, como él decía, y al conocerlo así, lloraba con lágrimas de frenética rabia. ¡Si hubiera sido más discreto! . . . No debió nunca tirar de aquel modo su fortuna, é indudablemente hubiera sido feliz, sin necesidad de ser elegante calavera, Tenorio y otros excesos. Y. . . parodiando al emperador romano, sin él saberlo, gritaba el desgraciado joven, con desconsuelo: —¿Qué necesidad tenía yo de flautas tan largas?

Por primera vez en su vida pensó que la existencia tiene hondas amarguras, hasta para los que, como él, han perdido todo sentimiento; y por vez primera, en su vida, pensó en el suicidio. . . en ese último acto de las almas pequeñas y empequeñecidas. Pero tuvo la debilidad de asustarse de la «idea salvadora»

—Aun era joven, quedábanle fuerzas para conseguir una vida tranquila, por medio del honrado trabajo. . . Y aquí repasaba detenidamente su memoria. —¿Qué haría? Trabajar. Esta era la única resolución. Pero. . . ¿en qué? ¿cómo? ¿Qué podría hacer tras de haber perdido el tiempo tan lastimosamente?

Tropezaba con dificultades inmensas, insuperables. No podía pensar en escribir pliegos para alguna oficina. Su letra era detestable. Ser escribiente, le había parecido siempre cosa demasiado baja para hombre de sus condiciones. . . . .

Entonces pensó con desconsuelo en que era un ente inútil, que para nada servía en absoluto. ¡El, que ignorante y descreído, se había reído siempre de los que se ganaban la vida á fuerza de honrado trabajo, llamándoles acémilas de la sociedad, burros de carga y otras lindezas. . . era de peor condición!

¡Pero, suceden tan raras cosas en el corazón humano! Cambronero, no renunciaba á sus ilusiones: tarde ó temprano, la prensa debía ocuparse de él, si no como capitalista, como hombre de talento, como artista de corazón y de bríos.

Llegó un día en que la patrona se cansó de tenerle, y con la mayor frescura del mundo, le puso de patitas en la calle, sin hacer caso de las promesas que hacía de pagar con creces. Pero, si es verdad, que «dávivas quebrantan peñas», también es cierto que las más bellas promesas, no conmueven á la patrona más sentimental, y Ricardo tuvo que salir de la casa con poca ropa, no mucho dinero y escasas ilusiones, á vista de tan triste realidad.

La primera vez que entró en una taberna, para comer un guisote innominado, sintió cierta instintiva repugnancia; repugnancia que fué venciendo poco á poco hasta acostumbrarse á aquella atmósfera masticable, como si no hubiera respirado otra mejor!

Y se pasaba la noche en esas zahurdas infames, donde se amontona la carnaza imbécil que pide á gritos el desgarrante navajazo. Y bebía hasta la embriaguez.

Allí conoció á Lolilla, que, á pesar del diminutivo, era una mujer de edad indefinible, de voz ronca y áspera, cara pintarrajeada asquerosamente y cuello lleno de sospechosos costurones.

Ella se enamoró de él, con ese amor bestial de las viciadas almas vulgares, y él, depravado hasta el grado máximo cargó con ella, porque veía en perspectiva una comida diaria.

El elegante y seductor Tenorio de ayer, se vió pronto en el más lastimoso estado, bajo el absoluto dominio de aquel esperpento que le tenía prometida la más hermosa puñalada si se cansaba de sus caricias.

Transcurrieron algunos meses. Cierta noche en que se habían menudeado los tragos de aguardiente, un borracho, con lengua torpe, insultó á Lolilla, llamándola mil cosas por las que nunca pensó en ponerse encarnada, pero al verse cerca de Ricardo se le ocurrió escandalizarse.

El, tambaleándose, se levantó á defender á su dama, y los dos salieron de la taberna, pegándose torpemente, formando un grupo repugnante de carne borracha que ignora lo que hace.

Lolilla, vió que el contrario de Ricardo forzajeaba por sacar del bolsillo un arma, y entonces se acordó con verdadero espanto de que su hombre no llevaba «ni un alfiler», y corrió, dando desafortunadas voces, en demanda de socorro.

Cuando llegaron los guardias, en el suelo se removía un grupo informe, y una voz aguardentosa decía: —Toma, pa que defiendas á ese pendón.

Y el borracho clavaba, con terquedad estúpida, su cuchillo en el cuerpo de Ricardo. . . . .

Al día siguiente, la prensa daba cuenta del suceso en la forma de costumbre.

Cambronero había conseguido algo de lo que deseaba: ¡Su nombre fué impreso en los diarios de mayor circulación!

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

En todo espíritu, aún en el más gastado, puede encontrarse una virginidad. Cada alma es como un libro, que no tiene todas las páginas abiertas. Esa virginidad en la Lucrecia Borgia de la leyenda florentina, es el amor de madre. El corazón es á manera de una casa que tiene muchos locatarios, todos suben por la misma escalera y transitan por los mismos corredores. Algunos se conocen, otros se saludan, muchos no se han visto nunca.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

go que no pueden saborearse impunemente. Aquellos infelices que colgando de las ramas siniestras se mecían rígidos al soplo del viento, no me habían hecho ningún mal; valientes y empujados por la fuerza de su amor, cayeron en el cobarde lazo que les tendió mi astucia y entregaron su alma á la eternidad y su cuerpo á los buitres.

En medio de los más atroces remordimientos pensé que mi deber de hombre honrado habría sido desafiar á esos hombres, arrancarles su secreto, luchar con ellos valientemente y librar así á Concha sin poner precio á mi sacrificio.

Y entonces, ¡qué hermoso porvenir! Amor, fortuna, opulencia, felicidad y mi nombre, de artista circundado luego por la gloria!

Pero ahora todo, hasta Concha misma, quedaba envuelto en un vapor espantoso de sangre.

¡Qué horrendo es el crimen! ¡Cómo envenena los pensamientos y se adueña de todo el ser y clava sus garras espantosas en la conciencia sin dar una hora de tregua ni dejar encenderse un rayo de esperanza!

Nadie sabía mi delito, nadie podía saberlo, y sin embargo, yo sentía un remordimiento tan atroz, una lucha tan formidable en la conciencia, que al fin en un inconsciente arrebató muy común en los criminales, corrí ante el juez y le hice una confesión de todas mis infamias con relación al delito que en todo el pueblo era considerado solamente como una desgracia.

Me llevaron á la Carcel Municipal, donde me pusieron centinela de vista, el proceso se instruyó activamente, fui sentenciado á la pena capital, y para no sentir la marcha de las horas en la última noche de la capilla, me narcoticé con inyecciones de morfina.

Sin embargo, al darse el toque de alba que era



La reina Guillermina de Holanda.

Fotografía tomada el día de su coronación.



# DEMASIADO TARDE.....

NOVELA ORIGINAL DE H. DU PLESSAC.

ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.—VERSION ESPAÑOLA DE "EL MUNDO ILUSTRADO"

Número 2

Todo esto fué dicho ligeramente, con un acento musical que daba sabor particular al lenguaje de la amable joven, con esa gracia regocijada que es la más involuntaria pero la más peligrosa de las coqueterías.

Silvia era ante todo una amable señora de su casa; había observado que la víspera, el calor con que acogió á Leotardy, había apenado al Coronel interrumpiendo su entrevista cotidiana, pero ni un instante supuso que la frialdad y la partida precipitada de su amigo, hubieran sido motivadas por un arrebatado de celos, sino que las atribuyó á simple disgusto contra un importuno.

La viva afeción del señor de Veraz no era un misterio para ella, que á su vez se sentía agradecida y contenta. ¿Qué mujer hay que no conozca el imperio que ejerce sobre un hombre y que no se sienta un poco orgullosa cuando lo debe únicamente á simpatía espontánea y no á maniobras calculadas? Pero Silvia no veía en sus relaciones con el Coronel, más que una reciprocidad de adhesión franca, á la cual la diferencia de edades daba como un reflejo de la afeción paternal, y que tenía también ese sabor sutil esencialmente inocente y puro, especial á la amistad entre personas de sexo diferente.

Nunca había ido más allá su pensamiento en el análisis de estos sentimientos, y por eso venía como amiga, con la intención de borrar una impresión desagradable sufrida por su amigo.

¡Cuán lejos estaba de figurarse que en el momento de su entrada, el Coronel ensayaba la apasionada declaración que se proponía hacerle!

El señor de Veraz comprendió que aquel no era ni el lugar ni el momento de realizar su plan, y aplazándolo para después, se entregó alegremente á la buena fortuna que le caía del cielo.

Silvia iba y venía por el salón sin ceremonias, lista y risueña mirando todo, tocando todo, preguntando respecto á todo.

—¡Qué linda está su casa de usted! exclamó.

¡Qué bien arreglada! Esos libros, esas armas, ese balcón lleno de flores. . . . . ¡Y las espadas! ¿Esta grande es la de usted? En cuántas batallas habrá brillado! Y aquí. . . el rincón de los poetas. A ver: Musset, Gauthier, Coppé, Sully, Prudhome, Banville. . . Ah! hipocritón! No me había usted dicho que tenía una pasión secreta. Justamente mis autores favoritos! Leeremos un rato todos los días, ¿quiere usted?

El señor de Veraz ya ni siquiera se acordaba de que al instalarse en la calle de Vavin había jurado que ninguna hija de Eva franquearía sus dinteles de solterón empedernido, y como no es-



taba acostumbrado á la presencia de una mujer, permanecía extasiado ante ésta que mariposeaba iluminando su hogar solitario, y llenándolo de un perfume superior al de las flores.

—Ah! aquí están los retratos de familia. Esta señora de fisonomía tan dulce, de seguro que es la mamá de usted. ¿Y esta otra quién es?

—Una hermana mía que murió ya.

—¿Y este hermoso oficial? ¡Qué aspecto tan simpático y tan tierno en medio de su vigorosa energía! Apuesto á que es Jacobo, de quien me ha hablado usted con tanta frecuencia.

—Precisamente.

—Pues bien. Dígame usted que hay una mujer retirada del mundo que lo encuentra encantador, y que le ama de antemano por gratitud al amor que él le tiene á usted.

—Pues me quiere usted un poco? —preguntó el Coronel que estaba á punto de perder la cabeza.

—A usted?—dijo la señora de Letellier poniéndose seria de improviso.—A usted lo amo y

lo respeto como la más tierna de las hijas al mejor de los padres, y hace mucho tiempo que en mi corazón no le doy otro nombre. Usted reemplaza para mí al buen padre que he perdido, único entre los años que me ha amado verdaderamente.

Al oír esta declaración hecha con voz conmovida, el Coronel sintió palidecer sus mejillas y humedecerse sus ojos. Era de dicha? Era de tristeza?

—Ahora, añadió la joven sonriendo de nuevo, ya le dije á usted bastantes ternezas y ha llegado el momento de reñirle un poco. . . . . Qué le sucedió á usted ayer cuando entró mi buen Leotardy? Puso usted una cara! . . .

—Confieso, señora. . .

—Déjese usted de tratamientos y hableme llanamente, puesto que me he declarado su hija. Me llamo Silvia. Trate usted, señor, de tenerlo muy presente para lo sucesivo.

—Silvia es un nombre lleno de gracia, pero. . .

—Pero ridículo, verdad? Soy de la misma opinión, pero ¡qué quiere usted! no fui yo quien me bauticé. Bueno, pues seré Silvia para todos y para usted, sólo para usted, Gabriela. Pero no, también Jacobo me dirá Gabriela cuando venga.

Mientras así parlotaba la bella joven, el Coronel fué al balcón, trajo un montón de flores y lo entregó á Gabriela-Silvia.

—Qué amable es usted y qué flores tan exquisitas!—dijo ella. Pero no he acabado mi cuento de Leotardy. Creo que ese amigo no le es á usted simpático y quiero que al fin lo sea. No tiene, es verdad, la naturaleza fina y aristocrática de usted, pero qué corazón! el mejor que

hay en este mundo, sin contar el de usted por supuesto. Ya he dicho á usted muchas veces las tristezas de mi hogar. . . . . Pues Leotardy ha sido mi único sostén, mi único defensor, mi único socorro. Su mujer era desde la infancia mi más tierna amiga. Dios se la llevó hace dos años. Era demasiado perfecta para la tierra. Leotardy es quien ha dirigido mis tristes asuntos financieros y quien me buscó y encontró las lecciones de piano que me hacen vivir. Estos son, Coronel, los lazos que nos unen: quiero que usted los conozca para que lo estime.

—Lo estimaré, dijo el Coronel con entusiasmo.

—Gracias á Dios! Créame usted. . . mi corazón cerrado para siempre á todo otro sentimiento, es bastante amplio para encerrar dos grandes amistades: la de Leotardy y la de usted. . . tres acaso, puesto que pronto conoceré á Jacobo.

Y la inocente sirena se levantó pretextando que ya era demasiado tarde, por más que el Coronel hacía esfuerzos para retenerla; y al llegar

á la puerta se detuvo y dijo con ese candor que la hacía tan peligrosa:

—Ayer vió usted que mi hermano Leotardy me saludó con un beso. Mi papá Veraz ¿no me despedirá besándome también?

La visita de la señora de Letellier produjo en el veterano efectos múltiples y contradictorios. Si no hubiera hablado tantas veces y con tanta insistencia de lo filial de su cariño, el Coronel habría sido el más dichoso de los hombres, porque su actitud, su lenguaje y sobre todo su visita, habrían parecido ocasionados á autorizar todas las esperanzas. Pero cada vez que el señor de Veraz intentó abrir la boca para ponderar el ardor de sus sentimientos, Silvia, como por intuición, le había traído con una palabra al papel impuesto por su edad. Esa intimidad le había al mismo tiempo encantado y desesperado por su libertad misma, probándole que la joven no le consideraba peligroso y le trataba, en efecto, como á un padre. Es verdad que ella le pedía amor, pero al mismo tiempo le señalaba límites tan precisos, que intentar sobrepasarlos, podría ser muy bien peligroso para las relaciones que aún así formaban su ventura.

La timidez que parece ser condición de los enamorados adolescentes, no es en ellos tan grande y tan viva como lo era en este apasionado tardío. Al temor que se apodera del corazón cuando va á arriesgar su confesión primera, se unía en este caso el horror al ridículo. Y más dispuesto á exagerar que á atenuar lo que conocía ser su lado flaco, el pobre Celadón retirado, creía estar oyendo siempre la carcajada en que estallaría la viuda al momento en que le confesara la clase de su ternura y de sus esperanzas.

En otro tiempo se le había referido la historia de una gran coqueta que, cuando un viejo como él se arrodilló y le declaró su amor, ella le contestó sin turbarse: «Diré á usted que sí, siempre que se levante de un solo impulso y sin apoyarse con las manos.» El Coronel sabía bien que en caso semejante él no podría evitar la intervención de las manos.

De consiguiente, su vida pasaba en el período que siguió á esta visita, en decirse por la mañana: «lo que es esta tarde le hablo,» y en decirse por la tarde: «ahora no le hablé, pero lo haré mañana.» Y esperando la amaba más cada día, y también sufría más en medio de una intimidad creciente que llenaba su vida á la vez de felicidad y de amargura.

Derrepente una claridad vino á iluminar este cielo que estaba ya algo sombrío: Jacobo anunció que iba á venir á Paris con licencia de un mes, y el Coronel dió tregua á sus preocupaciones íntimas preparándose á recibir al que llamaba su hijo y amaba como si en efecto lo fuera, y la señora de Letellier verdaderamente contenta se asoció á esta dicha. ¡Qué buenas fiestas iban á tener todos juntos! ¡Qué agradables paseos! Irían á los teatros, irían á correr al campo en estos días de Junio tan propios para tales correrías, y se pasarían la gran vida. Para todos iba á ser un período de vacaciones impacientemente esperado, y Leotardy mismo se mezclaba á estos proyectos uniendo el empuje de su iniciativa, no siempre de un gusto perfecto, pero tan franca y á veces tan graciosa, que hacía al Coronel olvidarse de su gravedad y borraba los restos de rencor que pudiera guardarle en el fondo de su corazón.

Jacobo llegó por fin en una tarde radiosa que por su esplendor parecía tener una atmósfera de venturas. Cuando el Coronel vió reunidos en su salón á la mujer á quien rodeaba de verdadera idolatría, y al joven oficial á quien ninguno podía ver sin afecto y que tanto había amado siempre, y vió como fondo de este cuadro las frondas del jardín tan gratas y conocidas irradiantes de luz y de alegría, fué presa de tal comoción, que tuvo que refugiarse á un balcón para ocultarla. Estaba en uno de esos momentos raros de la vida en que parece que el corazón va á estallar por exceso de dicha.

La señora Letellier y Jacobo, al verse por primera vez, sintieron una profunda impresión; y como sus caracteres eran igualmente francos y expansivos, pronto reinó en su conversación la mayor cordialidad, sin embargo de que los dos en el fondo de su pensamiento, tenían algo de escepticismo con relación á los elogios entusiastas que á cada uno había hecho del otro el Coronel de Veraz.

En sus cartas á Jacobo el veterano pintaba á

su amiga con rasgos tan encantadores, que el joven oficial había sonreído con incredulidad, y á no ser por la edad y los principios que tanto le reconocía, habría adivinado al través de tan líricos transportes, lo que no era sino demasiada verdad; y en cambio la señora de Letellier atribuía á apasionamiento senil los retratos exagerados que de Jacobo se le habían hecho; pero cuando uno y otro se hubieron visto, tacharon *in mente* de pálidos é incompletos los relatos del Coronel. Y cuando después de verse se hablaron estos dos seres igualmente jóvenes, bellos y nobles, y se reconocieron como hechos de una misma naturaleza, su simpatía recíproca brotó tan viva como instantánea.

Jacobo de Baillet podía pasar por un tipo de belleza masculina á la par enérgica y dulce. Alto de talla, ancho de espaldas y proporcionado como un modelo, representaba la potencia y la fuerza adiestradas por los ejercicios corporales en que era maestro. Su cara tenía un atractivo y una gracia que habrían sido propios de una fisonomía femenina sin una arruga que le surcaba la frente dando indicios de voluntad reflexiva y firme. Sus grandes ojos, inundados por lo común de un reflejo de ternura, lanzaban por momentos ráfagas de una autoridad sin dureza, pero reveladora del hombre y del jefe.

Bajo el bigote fino y poblado, una sonrisa frecuente y cautivadora mostraba la doble fila de blanquísimos dientes que una mujer envidiaría y que iluminaba su semblante con un reflejo de juventud y de frescura.



En lo moral se le podía pintar con una sola frase, la que respecto á él había puesto el Inspector general en la última Revista: *oficial modelo*. Su naturaleza debía calificarse lo mismo; su inteligencia valía tanto como su corazón y su rectitud igualaba á todas esas otras cualidades. Las mujeres le admiraban con entusiasmo y los hombres le envidiaban sin celos.

Al caer la tarde, Jacobo dando el brazo á Silvia por privilegio de recién venido, atravesaba el Luxemburgo seguido del Coronel y de Leotardy. Iban á comer juntos á una fonda y los transeuntes se detenían para admirar esa pareja que marchaba á la luz apacible de la tarde esparciendo un ambiente de belleza, de juventud y de amor.

—Qué buen matrimonio harían los dos! dijo Leotardy al Coronel, señalándoselos con la mano.

El señor de Veraz sonrió orgulloso del elogio que se hacía á sus dos preferidos y, penetrado inconscientemente de una idea análoga. Luego inclinó la frente ensombrecida por una nube y sintió que su pecho se oprimía bajo el poder de un inexplicable sentimiento de angustia.

A media comida, Silvia plenamente feliz con sus amigos y dejando desbordarse en arrebatos de regocijo su naturaleza exuberante y radiosa, exclamó:

—¡Cómo, Coronel, no está usted muy contento al verse rodeado de su hijo y de sus amigos!

—Querida niña, respondió el señor de Veraz un tanto melancólico: la dicha extrema produce algunas veces efectos de tristeza en los que des-

prendemos por la pendiente de la vida. La felicidad completa no corresponde sino á la juventud, porque para ser completa necesita de las esperanzas que no forman parte del caudal de los viejos.

—¡Viejo usted! exclamó Leotardy. En ese caso es usted un viejo joven.

Y tomó con alegría su copa de vino.

## VI

Al cabo de algunos días, la vida de trío que Leotardy transformaba algunas veces en cuarteto, quedó organizada del modo más íntimo y familiar. Por la mañana cada cual se iba á sus negocios y luego se reunían en una fonda escogida de antemano, ó se volvía á almorzar en la casa del Coronel. Después de comer se perdían en largas conversaciones ó se absorbían en alguna lectura elevada, iban á pasear juntos al jardín ó al teatro de la Opera, preferido por las aficiones musicales de los dos jóvenes.

Esta vida patriarcal era justamente la soñada por el viejo veterano desde el día en que habiendo visto claro en su conciencia, tomó su resolución. Esta intimidad sencilla era el preludio de su futuro hogar. En casa del Coronel, Silvia parecía estar en la suya propia, organizaba, dirigía, mandaba y un día dejó con una frase encantado al Coronel:

—Mejor quedémosnos aquí, en casa, dijo en momentos en que se discutía la elección de fonda.

En ocasiones el Coronel cerraba los ojos y le parecía su sueño convertido en realidad y murmuraba pensando en Silvia y Jacobo. «Mi mujer, mi hijo.»

Y cuántas veces, solo en su balcón, se sentía atacado de profunda melancolía! Sus ojos perdidos en el vacío de la noche no se fijaban en nada y sufría de un mal indefinible, escapándosele suspiros al oír en los murmullos de la brisa algo que parecía decirle: *demasiado tarde*.

Oh! la juventud! ¿Qué había hecho de la suya? Corazón sentimental y tierno se había gozado en renegar del amor y ahora se doblegaba bajo su ley. Todo cuanto aspiraba á realizar ahora, en los dinteles de la vejez, habría podido conseguirlo en la primavera de su vida cuando estaba el universo al alcance de sus manos. ¡Qué no habría dado por volver á aquellos días venturosos! Su pasado de esperanzas, fuerza y vigor, le venía á los ojos en Jacobo que ahora rebozaba en toda suerte de energías juveniles. Y gozaba como padre afectuoso viendo este árbol en plena floración y sintiendo cierta envidiosa amargura.

¿No le había sucedido días antes, sentirse fatigado en un paseo cuando Silvia y Jacobo querían todavía prodigar su actividad en una nueva correría? Ya desde la época del regimiento venía observando estas diferencias de vigor entre Jacobo y él, pero ahora su inferioridad apareciendo delante de la mujer amada, y el temor de una comparación posible, le espantaba en secreto como espanta todo aquello que puede comprometer la ventura esperada. ¿Estaba pues, celoso de Jacobo? No: ¡qué horror! Su espíritu rechazaba como criminal la sombra de semejante pensamiento.

Además, Jacobo no daba motivo de sospechas pues nunca veía á solas á Silvia, y las relaciones entre ellos, fáciles y sencillas, no sobrepasaban los límites de las conveniencias entre jóvenes de la misma edad y se encerraban en los sentimientos de amistad profunda que el señor de Veraz había querido despertar en ellos.

Esto demuestra que se puede ser la franqueza misma como lo era el Capitán, que puede uno amar á su Coronel y protector con todo el corazón como él lo amaba, y al mismo tiempo ocultarle el secreto más íntimo del alma. Si el señor de Veraz hubiera preguntado á Jacobo: «Amas á la señora de Letellier,» él no habría vacilado para responder: sí. Pero no le había hecho tal pregunta y nadie en el mundo sospechaba que el joven oficial estuviera como estaba locamente enamorado de la soñada esposa de su protector.

Al fin lo que fatalmente debía llegar, llegó. Desde que Jacobo conoció á Silvia se conmovió, y hora por hora esta comoción se había ido cambiando, en ternura primero y luego en pasión. Las naturalezas de ambos tan nobles y tan semejantes estaban hechas para comprenderse y unirse al primer contacto y eso había sucedido, porque si Jacobo amaba á Silvia en silencio ella adoraba también á Jacobo. Su corazón, que juzgaba muer-

to, había bruscamente despertado de lo que no era más que un adormecimiento pasajero y palpitaba más ardiente que nunca, con toda la energía de su vigor recobrado. Esta mujer tan recta y tan pura no había intentado ni engañarse á sí misma ni luchar contra el sentimiento que se le imponía como amo absoluto, y amaba á Jacobo con toda su potencia de amor, sin calcular nada, sin esperar nada, sin saber siquiera si estaba correspondida y entregándose sólo á la dicha de amar.

Tocaba ya á su término la licencia de Jacobo y aquellos dos niños grandes no habían cambiado una palabra, una mirada, un apretón de manos más íntimo que de ordinario y que les hubiera revelado su secreto. Una tarde, mientras Jacobo cantaba una romanza acompañado al piano por Silvia, alguien vino á llamar al Coronel en nombre de un amigo que le necesitaba para un negocio urgente. Calló Jacobo apenas había salido su protector pero quedó de pié junto al piano en tanto que Silvia, presa de una emoción súbita, bajó la cabeza dejando correr vagamente sus dedos por el teclado.

En medio de este silencio que era ya una confesión, Jacobo, presa de deliciosa embriaguez se inclinó y depositó un prolongado beso en el cuello de la joven. Ella no se alarmó ni intentó defenderse contra esa caricia, y cuando alzó la cabeza tenía la boca sonriente y los ojos húmedos. Luego se levantó, tendió al oficial ambas manos y permanecieron allí perdidos en una mirada de infinita ternura sin decirse una sola palabra.

Sus corazones acababan de desposarse.

## VII

Suele ocurrir aún en los temperamentos menos nerviosos una cosa singular; aunque nada en los acontecimientos sucedidos sea ocasionado á inspirar tristezas, se levanta uno con una infinita sensación de melancolía que abate hasta en lo físico. Por una indescifrable presciencia magnética se siente con convicción, que no pasará el día comenzado así sin que un acontecimiento imprevisto y doloroso venga á cambiar el curso de la vida. ¿Qué desgracia me sucederá hoy? Esta es la pregunta que se hace uno con una angustia secreta que no tiene razón aparente y es raro que este presentimiento siniestro no acabe confirmándose con los hechos.

El señor de Veraz dos ó tres veces en la vida había sentido ese espanto instintivo que luego quedaba justificado. Cierta día, la muerte de un amigo muy querido; otra vez una grave herida recibida en circunstancias que no presentaban peligro: pero nunca había probado como ahora este sentimiento y en vano trató de auyentarlo distrayendo su espíritu. Sus poetas preferidos perdieron el encanto y la vista de sus árboles le parecía importuna. Todo le hacía involuntariamente temblar, hasta el ruido de una puerta que se abría y le parecía que por esa puerta iba á penetrar el infortunio.

Jacobo había salido á caballo con un amigo, y el Coronel, aunque lo conocía como un equitador consumado, fué presa de uno de esos terrores infundados y locos que las madres sienten algunas veces. Le parecía que hasta el reloj retardando su marcha aumentaba su inquietud, cuando al fin oyó en la calle el ruido deseado, se asomó al balcón y vió á Jacobo que saltaba ágilmente del caballo á tierra despidiéndose de su amigo. El Coronel tuvo un suspiro de alivio. No era esta todavía la desgracia!

El oficial llegó radiante, lleno de la satisfacción de un largo y agradable paseo, pero lleno sobre todo con la alegría de lo que le había pasado la víspera.

—Buenos días, padrino, dijo alegremente.

El Coronel sonrió olvidando casi sus presentimientos.

En esos momentos José trajo una bandeja, copas y una botella de vino Madera; el coronel sirvió galantemente á su ahijado y este dando punto á su ordinaria alegría, encendió un cigarro y dijo con voz grave:

—Padrino, tengo que hablar á usted de una cosa... muy seria.

—Te escucho, hijo mío, contestó el Coronel involuntariamente turbado.

—Padrino: conociendo la afición que tiene usted á la carrera militar y su decisión por el celibato, tiemblo al hacer mi confesión... Amo apasionadamente á una mujer y quiero casarme con ella.

El Coronel supuso de pronto que Jacobo había dejado por allá en los pueblos del Este, donde había estado de guarnición, alguna novela, y no se alarmó porque conocía los sentimientos de Jacobo y sabía que su elección no podría ser disparatada.

—Amigo mío, contestó. Aquí no hay Coronel. Hablas con el señor de Veraz y te confesaré á mi vez que mis ideas sobre ese punto han cambiado. Después que dejé el regimiento que era mi familia, me he sentido muy solo y he comprendido los encantos de un hogar que la mujer ilumina con sus sonrisas y los chiquitines alegran con su parloteo. Así, pues, en principio, no desapruebo tu proyecto y te confesaré á mi vez (añadió contento de poner un puntal á futuras confidencias) que yo me pregunto á veces si no haría bien, apesar de mis años, asegurándome una dicha aunque ya para eso sea demasiado tarde.

—Nunca es tarde para el bien; y estoy encantado de esa conversión, preludio de la aprobación que sin duda me dará usted cuando conozca mi elección.

—Habla, mi querido Jacobo.

—La que amo, no tiene bienes de fortuna pero es de familia distinguida que es lo esencial, y además no hay una perfección física ó moral que le falte.—¿Para qué describir sus cualidades si usted la conoce tan bien como yo, puesto que á usted debo la dicha de haberla conocido.

—Entonces es... dijo ansioso el Coronel.

—La señora de Letellier.

El señor de Veraz recibió el golpe en pleno pecho, pero como verdadero soldado: sin pestañear. Nada en su rostro tradujo el espantoso dolor que le barrenó las entrañas. No más un instante permaneció silencioso porque la voz no podía salir de su garganta anudada, pero luego dominó esta debilidad con un esfuerzo enérgico y prosiguió con entonación grave pero tranquila.

—Así pues: tú amas á la señora de Letellier.

—Con toda mi alma.

—¿Y ella?

—Me ama como yo.

—¿Se lo han dicho ya los dos?

—Ayer por la vez primera y mi inmensa dicha será mayor si aprueba usted nuestros proyectos.

El Coronel hizo un llamamiento á todas sus fuerzas y contestó:

—Lo apruebo... No podías haber elegido más perfecta criatura, y mi corazón, de padre para los dos, está seguro de que serán felices. Cástate, haces bien no dejando pasar el tiempo como yo.

—Pero hace un momento decía usted...

—Una locura. A mi edad no debe uno pensar en esas cosas... es demasiado tarde.

—Usted es mi padre. ¿Quiere usted hacer á Silvia la petición oficial de su mano para mí?

—La haré hoy mismo.

Jacobo se levantó profundamente conmovido y se arrojó en brazos del Coronel y sintió de pronto que el pecho vigoroso en que apoyaba su juvenil cabeza, estaba agitado por los sollozos.

—Oh! padrino... ¡Cuánto me ama usted! gritó Jacobo conmovido hasta el alma.

—Más de lo que te imaginas, respondió el Coronel con voz trémula.

Pero como había llegado al límite de su resistencia agregó:

—Vete, Jacobo; estoy un poco conmovido... Este acontecimiento tan inesperado... Quiero quedarme solo un momento. No tardo en reunirme á ustedes.

Cuando Jacobo, que nada sospechaba, salió, el Coronel corrió el cerrojo de su puerta y se arrojó en una silla cerca de su lecho, y hundiendo la cara entre los cobertores para no ser oído, este valiente tuvo su hora de debilidad y dejó gritar á su desesperación. Todo se había hundido en torno suyo, toda dicha se había hecho imposible para siempre. La mujer querida le era arrebatada por ese hijo á quien, feliz de formarle, había rodeado de la más tierna solicitud. La felicidad con que tanto había soñado y que ya había creído poseer, no solamente se le escapaba para toda la vida sino que tendría que sufrir el martirio de ver que otro la gozaba ante sus ojos. ¡Qué suplicio iba á comenzar para él desde esta hora en que en su libertad alegre estos dos niños enamorados y sinceros, crearían gocijarlo en sus afecciones paternales, haciéndolo confidente de la ternura que se profesaban! ¡Y él debería sonreír á este espectáculo que le desgarraría el alma y debería sin cesar ser el agente y el preparador

de su propio tormento! Cruel ironía! A él le tocaba ir á pedir oficialmente esa mano concedida ya por el amor, esa mano tan deseada para sí propio. Todos los repliegues de su pensamiento eran sangrientos y dolorosos. ¿Podría ni aún aceptar la idea de una rivalidad imposible cuando el rival era su hijo? Ah! por qué no había seguido en el servicio para vivir y morir entre sus húsares!

Su dolor llegó á tal punto, que la idea del suicidio le vino como única solución, pero esta misma idea le devolvió las fuerzas y le ayudó á rehacerse. El suicidio... nunca! Poner una mancha de sangre en los dinteles del paraíso que acababa de abrirse para los dos únicos seres á quienes amaba... ¡Qué vergüenza y qué monstruoso egoísmo! ¡Qué cobardía la de huir del sufrimiento y desertar del combate!

Su antiguo pundonor militar se irguió ante él grave, austero é inmaculado. Adelante, Coronel de Veraz! Un soldado debe permanecer firme en su puesto aún en medio del desastre y caer con la frente alta por la nobleza del sacrificio.

Su cara por donde corrían aún gruesas lágrimas, tomó por un supremo esfuerzo de la voluntad una expresión tranquila; y cuando algunos instantes después entró al comedor donde todos ruborosos y turbados lo esperaban Silvia y Jacobo, sin que nada hiciera sospechar las tempestades de su espíritu, dijo sonriendo:

—Vamos, hijos míos... á la mesa. ¡Tengo una hambre de los demonios!

## VIII

A partir de este momento el Coronel subió su calvario sin vacilar. Ese día, conforme lo había prometido hizo la demanda oficial y su conmoción en este acto quedaba bien explicada por el amor que tenía á Jacobo. Involuntariamente y por una amarga travesura de su memoria, las frases que vinieron á sus labios para hablar á Silvia del amor de Jacobo y pedirle asegurara su dicha, fueron las mismas que en sus sueños pasados se había propuesto decirle por cuenta propia.

La respuesta de la señora Letellier fué la que debía ser viniendo de esta mujer sincera, expansiva y amante. La situación un poco anormal en que se hallaban desde el principio de sus relaciones, lejos de las reglas estrictas de la etiqueta mundana facilitó la confesión clara de su ternura ardiente hacia el joven oficial, y fué dado al Coronel oír de aquella boca encantadora palabras de amor, promesas de adhesión, seguridades de dicha sin término, amor, adhesión, seguridades que en otro tiempo él había esperado ¡ay! y que ya no eran para él.

Aún en medio de la decepción más cruel, el hombre que todavía está joven y cuyo amor es rechazado ó no comprendido, guarda inconscientemente una luz que le consuela y reconforta en lo íntimo: el mañana! La vida está frente á él y por mucho que entonces le parezca sombría y desencantada, á despecho de su dolor y en un repliegue secreto de su corazón, permanece esa fuerza suprema que es la esperanza. A la edad del Coronel ya no hay «mañana» ni «esperanza» y el ensueño que se va es el último, y el rayo que se apaga no será ya reemplazado por otro alguno.

Y hay que dar á la vida el adiós definitivo.

Ni un momento, sin embargo, se debilitó el Coronel en su actitud enérgica y tierna, y había momentos en que hallaba en su cariño á Jacobo y en su amor á Silvia, no solamente fuerzas, sino algo como la amarga alegría de inmolarse.

Con todo y eso el hombre es hombre al fin, y cuando terminado el día en que se hicieron las proposiciones del matrimonio, se encontró solo frente á sus libros que ya no le hablaban al espíritu y frente á sus árboles cuyas hojas tostadas por el sol, empezaban á caer, una lasitud suprema le entró por el corazón y sintió un arrebato rabioso de dolor, porque no había conocido el amor sino para sufrir.

Jacobo tuvo que volver á su regimiento pero venía todos los sábados para pasar treinta ó más horas con su novia y con su padrino.

Oh! esas visitas esperadas por la mujer tan amante como amada y acogidas con la vivacidad de su carácter y el ardor de su ternura, eran para ellos deliciosas. Y durante las separaciones ¡qué grata correspondencia de la que Silvia, queriendo halagarlo, le leía al señor de Veraz los pa-

sajes más tiernos! y también toda ruborizada, le callaba algunas frases, omisión que era un golpe más para el corazón mártir del pobre confidente.

Cierto día Silvia escribió á Jacobo una carta en que se sintió tan inspirada, tan impregnada de poesía, que en arrebatado afectuoso hacia «el buen padre» vino á enseñársela entera, himno de amor con que cantaba en la plenitud de la dicha el corazón más tierno y más apasionado. Las lágrimas saltaron á los ojos del Coronel. Una carta así habría querido recibir!

Entre tanto las cosas seguían su curso. Casi diariamente iba el veterano al Ministerio de la Guerra para apresurar las formalidades previas al matrimonio de su ahijado, al través de la complicada red de la burocracia militar. Además hacía compras para la instalación del nuevo hogar, algunas veces acompañado de la joven, y cada detalle que habría podido ser sí de sí propio ó se tratara motivo de una gran alegría, se convertía en un suplicio horrendo.

Era también preciso pensar en ciertas cuestiones materiales. Certo que Jacobo era rico, pero Silvia no tenía nada, ni aún la dote reglamentaria exigida para la mujer de un oficial, y el Coronel pudo observar que este pensamiento era la única nube que solía enlutar la frente de la novia. Se vió entonces que el señor de Veraz salía todas las mañanas sin avisar donde iba y llevando papeles bajo el brazo. El correo trajo cierta vez á la señora de Letellier una carta de un notario en la que le suplicaba pasara á su estudio para negocios que la concernían.

Allí se la dió á conocer una acta por medio de la cual el Coronel le hacía donación inmediata de la cantidad exigida para su dote, y además, para después de su muerte la instituía heredera universal de todo cuanto poseía.

Qué bella sería la vida si encerrara solamente alegrías tan elevadas y puras como las de Silvia y Jacobo y dolores tan nobles y tan valientemente soportados como los del Coronel! No habría en la tierra más que corazones delicados y correctos.

Cierta ocasión recibió el Coronel una carta firmada con un nombre ilegible y en la que se le felicitaba por haber sabido desembarazarse de un enredo importuno á la larga y haber asegurado hábilmente el porvenir de la persona querida casándola con su ahijado que era bastante rico. Este, decía la carta, era verdaderamente un golpe maestro. Se le aconsejaba no mas en interés de la paz del matrimonio, y eso porque el joven oficial podía ser menos tolerante que su padrino, que alejaran á un tal Leotardy predecesor de ambos en la posesión de las gracias de Silvia.

El Coronel despedazó con disgusto el infame

pasquin, pero sintió un sufrimiento amargo. Todo quedaba transformado para él en la vida: el porvenir que era un cúmulo de horrores, el presente que era un abismo de torturas y hasta su pasado, su querido pasado de honradez, tan intacto, dulce y puro acababa de ser envenenado con la calumnia. ¿De dónde venía esta indignidad? ¿De la mano de algún pretendiente desdeñado, de la de una mujer celosa de la belleza y de la dicha? Poco le importaba. No quería ni aún pensar en el odioso ultraje, pero quedó por largo tiempo en sus labios el amargo sabor del corrompido fruto que mordió por casualidad. Este incidente sin consecuencias directas, fué el último peso arrojado en la balanza y que hizo inclinarse la vida del Coronel del lado de la suprema desesperación.

## IX

El matrimonio se verificó al fin, pero modestamente y sin ruido. El Coronel era uno de los testigos de su ahijado y Leotardy uno de los de Silvia. La visible emoción del Coronel no sorprendió á nadie porque se sabía cuanto amaba á Jacobo y muchos tenían conocimiento de la afectuosa amistad que lo ligaba con la desposada.

Terminada la comida íntima que siguió á la ceremonia, necesitó de todo su valor al despedirse, diciendo mientras un aturdimiento le obscurecía el cerebro:

—Que sean ustedes muy felices, hijos míos.

En medio de su dicha, y dirigiéndose á la estación del ferrocarril para su viaje de novios, los alegres jóvenes no se fijaron en el tono grave y dulce como una bendición con que fueron dichas estas palabras, últimas que debían oír de la boca del honrado y noble Coronel.

Solo ya en su casa frente al espectro amenazador de la vejez, al que sólo el amor podría haber detenido en su marcha, el señor de Veraz estuvo paseando largas horas por el salón que le parecía inmenso y vacío. Fué luego al departamento antiguo de Silvia donde todos los muebles empacados estaban listos para ser llevados fuera de allí, y en el que nada le traía á la imaginación la presencia querida y la vida de otros días.

Silencio nada más... silencio, soledad, abandono y muerte.

Sentado sobre una caja, en la que había sido alcoba de la señora Letellier, el Coronel pasó una gran parte de la noche perdido en vagos ensueños, casi inconsciente. De tiempo en tiempo veía la hora en un pequeño reloj dejado por olvido sobre la chimenea y un suspiro involuntario se le escapaba del pecho.

Su energía que no era ya útil para nadie cayó

de improviso, y desde el día siguiente la vejez empezó; y quien había sido centro de todos los vigores, no quedó más que para esperar el momento último y deseado.

¡Adios, libros amados! ¡Adios encanto penetrante y dulce de los árboles vecinos, confidentes en otros tiempos de sus esperanzas que se deshocaban como ellas al impulso del Otoño, bajo un cielo sin sol!

El Coronel no salía casi. Alguna que otra vez llevaba por el Luxemburgo sus pasos tardos y pesados, y contemplaba con mirada melancólica las parejas regocijadas que caminaban tiernamente unidas y que hacían venir á su memoria aquellas dolorosas palabras: *demasiado tarde*,

—Cuánto desmejora ese pobre de Veraz, decía cierta vez acabando de separarse de él uno de sus antiguos camaradas en el Círculo Militar. Y no está tan viejo, pero con su naturaleza activa es la falta del servicio lo que lo mata. Así nos pasa á todos. Para qué diablos dejó su regimiento? tenía allí todavía para muchos años...

Tres meses después de su casamiento, Jacobo que estaba un poco inquieto porque ya pasaban días sin que tuvieran noticias del Coronel, recibió una carta del ordenanza, en que le hacía saber que su padrino estaba muy enfermo, y que, aunque había mandado que no les dijera nada, por acuerdo del médico, les indicaba la conveniencia de que ni un momento más retardaran su regreso á París.

En el acto se pusieron en camino; pero como si la misma palabra debiera pesar hasta el fin sobre el infortunado Coronel, cuando ellos llegaron era ya *demasiado tarde*.

Cuando el tren en que vinieron entraba en la estación de París, el señor de Veraz se extinguía dulcemente sin sufrimiento visible, como una planta á la que el sol no calienta ya.

Enfermedad de consunción, decían los médicos; enfermedad del retiro decían los viejos camaradas, enfermedad de amor tardío, esa fué la que lo mató.

Cuando Silvia se aproximó al lecho de muerte de su amigo, observó que con una de sus manos apretaba contra el pecho un objeto que colgaba de su cuello sostenido por una cadena de oro. Dulce y piadosamente Silvia apartó los dedos todavía flexibles, y vió el relicario que contenía un retrato de ella en miniatura obsequiado al Coronel el día de la boda.

Entonces de improviso Silvia comprendió... y después de haber posado con unción sus labios en la frente del pobre muerto, se arrodilló y estuvo llorando largas horas.

H. DU PLESSAC.

